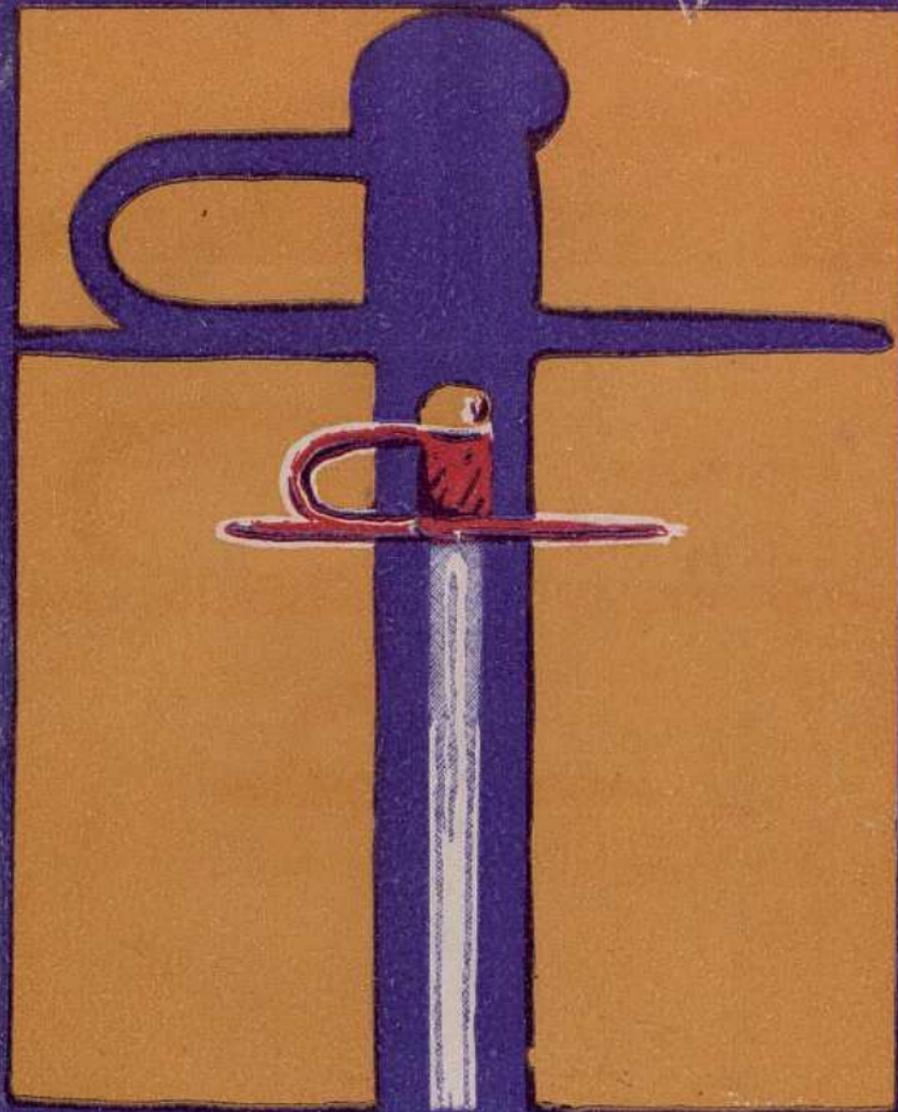


←→
ROQUE
MOBO
←→

16.





EL ESTOQUE
MISTERIOSO

498-4



EL ESTOQUE MISTERIOSO
O ECHALE GUINDAS AL NENE

I N D I C E

Pág.

Capítulo I.—Donde el lector se entera de las inquietudes de Pimentel y otras muy importantes, por DON VENTURA	3
Capítulo II.—Donde aparece Julián Casas que no es " <i>El Salamanquino</i> ", pero es de Salamanca, por SEGUNDO TOQUE... ..	11
Capítulo III.—Bofetadas a granel o el vivo de Pimentel, por JUAN GALLARDO	25
Capítulo IV.—Los dos rivales frente a frente y ella gozándola en gordo, por EL CALESERO	33
Capítulo V.—El estoque de Pimentel desaparece del hotel, por DON QUIJOTE	41
Capítulo VI.—En el que se demuestra que ha debido pasar ya algo, por UNO AL SESGO.	52
Capítulo VII.—A Roma por todo, por AZARES.	57
Capítulo VIII.—Donde se relata el triunfo de Pimentel y la aparición de el nene de las guindas, por el DOCTOR VESALIO	65
Capítulo IX.—El crimen de la calle del Conde del Asalto, por ARMANDO OLIVEROS	81
Capítulo X.—Empiezan a disiparse las sombras del misterio del crimen de la calle del Conde del Asalto, por TRINCHERILLA ...	95
Capítulo XI.—El señor juez tiene una vista... (que no se la merece), por DON INDALECIO.	111
Capítulo XII.—En el que se pone completamente en claro el macabro suceso de la calle del Conde del Asalto, por LEOPOLDO VARO... ..	117

Capítulo XIII.—En el que, aprovechando la baja de los francos se hace un viajecito a Francia y se aclara el misterio del estoque de Pimentel, por GARAPULLITO	125
Capítulo XIV.—De como el nuevo lío formado en el capítulo anterior y el otro con que amenazaba a el próximo quedan satisfactoriamente deshechos, por J. SOREL	131
Capítulo XV.—En el que reaparece “Olimpia de Nancy” (?)... y se halla en preparación la película “La novela de un torero”, por LUIS ANGULO..	137
Capítulo XVI.—En el que Pimentel, muleta y estoque en mano, se dirige al otro mundo a inquirir si es verdad el anticlericalismo de Calles, por DON CLARINES	143
Capítulo XVII y último.—Marcha de Pimentel a Méjico.—Un idilio en alta mar.—Cambiazco del estoque.—Retirada y boda de Fernando y extravío final de la funesta espada, por CARRASCLAS... ..	155

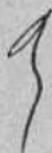
El Estoque Misterioso

o

Echale guindas al nene

por

Varios autores



Biblioteca de LA FIESTA BRAVA
BARCELONA
1926

TALLERES GRÁFICOS IRÁNDEZ; ARAGÓN, 197,

CAPITULO I

Donde el lector se entera de las inquietudes de Pimentel y de otras cosas muy importantes



ueno: ¿en qué quedamos?

—Ya te he dicho que no.

—Vamos, hombre, no seas pampinoso.

—Que no quiero, ea; ya ves cómo está el público de Madrid conmigo; en cuanto muevo un pie me

chilla como no ha chillado a ningún torero.

—¡Vete por ahí! ¡Pues no tienes poco delicado el cutis! Yo te pongo para el jueves y no se hable más del asunto. Ya verás: una corrida colosal de Graciliano; fina, recortá, baja de agujas, muy apañada y muy bonita de pitones... ¡Pa qué te voy a decir más! Ya sabes cómo salen estos toros de Tabernero; en Sevilla los llamarían yemas de San Leandro. Te brindo un desquite como no has podido soñar, Fernandito.

—Pa sirena no tendrías precio.

—Hecho y no va más.

—Espérate a ver cómo se me da mañana en Barcelona. Si embisten derechos los de Angoso y quedo contento de eso de la espada, tal vez me deje conquistar.

—Dichosa espada, hombre.

—Me trae loco, Gabriel. No sé lo que me pasa desde que ha empezado la temporada. Llevo cinco co-

rridas: la de Málaga, la de Castellón, la de Murcia y las dos de Madrid, y en la que no he dado el *mitin* he pinchao más que un puñao de cardos. La ruina me está buscando la espadita dichosa.

—Y el caso es que el año pasado te traías hecho eso del *endiñen*; por lo menos se te veía facilidad.

—Pues eso precisamente es lo que me trae caviloso. Yo creía haber cogido un tranquillo y ahora resulta que todo aquello era casual.

—Anda, sube, que esto se va. Telefonea, ¿eh?

—Te pondré una conferencia después de la corrida.

—Que te traten bien los catalanes.

—Ya sabes que aquel público es mío.

—¡Buen viaje!

Cuando el expreso abandonó la estación del Mediodía con rumbo a Barcelona, Fernando Pimentel, uno de los *ases* de la torería, medio tumbado en la butaca, empezó a procurar descanso a sus piernas y sedante a sus nervios.

Era Pimentel un guapo chico, moreno, de fisonomía atrayente, esbelto sin afectación, de maneras distinguidas, que reveleba sin embarazo; vestía con sencilla elegancia y de su porte y de su cara irradiaba una simpatía gran captadora de voluntades, por más de que en el momento que lo presentamos al lector tuviera avinagrado el gesto al contraer su rostro por las hondas preocupaciones que agitaban su espíritu, recordando lo ocurrido aquella tarde en la plaza madrileña.

¡Vaya un estilo que habían sacado los toros de Hernández!

¿Quién iba a suponer tal cosa en ellos?

Aceptó tal corrida—que Gabriel Retamar, representante de la empresa, le brindara—confiando en

desquitarse de lo mal, de lo rematadamente mal que se le dió en la primera de abono; pero lejos de esto, se le había ahondado más la espina. ¡Y cómo le habían gritado!

Ahora volvía Retamar a seducirle con aquella corrida de Tabernero para torearla un jueves mano a mano con Currito Pencas, otro de los ocho *ases* que estaban en danza, pues había el deseo de que los dos armaran un *spolium* para ver si así quedaba formada la pareja de moda, base de todo cartel de postín.

Porque el caso era dar con la pareja indispensable. Ocho primeras figuras había en candelero, o que cobraban como tales, pero entre ellas no se destacaban dos con qué formar el anhelado dúo.

Y a Fernandito le seducía formar parte de éste. ¡Vaya si le seducía! Hasta la pronunciación de aquellos dos nombres juntos le hablaba de un modo amplio a su espíritu y sonaba en su oído eufónicamente: Currito Pencas y Pimentel. ¡Eso era una combinación!

Indudablemente, lo que Gabriel le proponía estaba muy bien. ¡Pero aquel publicito de Madrid!... ¡Y que lo tenía bueno después de las dos corriditas de marras! Claro está que como torero había hecho lo suyo y las diez de últimas, pues por algo era él un artista largo y estaba colocado... donde estaba; pero la espada le traía desazonado; aquello era mucho cuento, Señor.

Nunca había conocido Pimentel inquietud como aquella. Fué torero sin luchas ni calvarios, en cuanto se lo propuso; llegó a la primera fila rápidamente, sin esfuerzo de ningún género; vástago de una raza muy ilustre en remotas épocas, el apellido Pimentel

era una especie de "Tabú" para brillar en las más árduas empresas. Como en todas las extensas estirpes, en la muy rancia de Pimentel hubo de todo: un antepasado que murió en Flandes; otro que fué degollado por los turcos; otro que sacó de Méjico la plata por arrobas; tal que murió en silla episcopal, muy honrado y enaltecido; cual que brilló en las humanas letras y fué lumbrera de sínodos y cabildos; el último Pimentel conspicuo fué comandante de una guerrilla en la invasión francesa; y para que no faltara nada, allí estaba nuestro Fernandito como torero de primera categoría reverdeciendo las ramas gloriosas del árbol genealógico, un tanto secas desde que Fernando VII gastaba paletó, pues no siendo el pasado siglo época de aventureros ni de adelantados de Indias, el abuelo y el padre de nuestro héroe habíanse resignado con ser traficantes en vinos de Arganda cuando la casa, al peso de tanta gloria, se vino abajo.

Algo había oído él al autor de sus días de cierta ley desamortizadora, con la cual se fueron no sabía qué rentas, qué censos, qué señoríos y qué *coram-vobis*. El no entendía bien esto; él sólo entendía de torear como los ángeles y de ganar muchos billetes de los grandes.

Fernando Pimentel había sido feliz, archifeliz, hasta el principio de aquella temporada; no había tropézado con obstáculo alguno en su vida; pero ¡ay! desde hacía dos meses estaba nublada su buena estrella.

Aquel sable de matador de toros con el que venía rindiendo a las reses frecuentemente de la primera estocada, se había cansado de entrar todo seguido.

Era tan extraño lo que venía ocurriendo que Pimentel se perdía en un dédalo de cavilaciones. Se

perfilaba como siempre, entraba como siempre, ponía en el ataque el mismo coraje y la misma decisión; al emparejar con la res creía hundir el arma hasta la empuñadura, y, ¡cosa particular! experimentaba la sensación de hundirla en un barril de manteca, a juzgar por la facilidad y rapidez con que la veía penetrar;... pero luego resultaba que lo que él creía una estocada hasta la bola en el cerviguillo había sido una leve lesión en el pescuezo, con lo que lejos de recibir la ovación que esperaba, lo que le daban era cada pita que le dejaban inservible para varios días la trompa de Eustaquio.

Pimentel estaba loco; daba vueltas a su cabeza y lo único que sacaba en limpio era esto: que en su vida reconocía dos existencias distintas; una que terminaba en la temporada taurina anterior y otra que comenzaba dos meses atrás, en la corrida de Málaga, que fué cuando se manifestó por vez primera aquel caso verdaderamente insólito al practicar la suerte suprema.

Fernando no concilió aquella noche el sueño en el coche-cama; su dudosa situación, llena de tinieblas, no le dejó dormir.

Bien entrada la mañana, al llegar a las costas de Garraf, se asomó a la ventanilla y aspiró con delicia la brisa del mar; por el lado opuesto, la campiña húmeda, acariciada por el sol, sacudía el espasmo voluptuoso del rocío de la noche y aparecía lozana y verdosa, con una juventud primaveral, arrastrando por el prado la undosa cabellera de la madre selva.

Pimentel se sintió poético, y yendo de un lado a otro del coche, ora contemplando el mar, ora la montaña, pudo distraer algo sus tenebrosos pensamientos.

Mas de pronto, una nueva inquietud vino a turbar otra vez su espíritu.

Se acercaba a Barcelona; muy pronto llegaría al Apeadero del Paseo de Gracia, donde le había dicho ella, Olimpia de Nancy, la famosa *divette*, que le estaría esperando a la llegada del expreso. ¡Maldición! ¿Toparse con ella? ¿Reanudar aquella amistad que había jurado romper de un modo definitivo? ¡Valiente compromiso!

Cuando el tren penetró en el Apeadero, Pimentel se ocultó a las miradas de cuantas personas se hallaban en el andén; al reanudar el convoy la marcha respiró tranquilo el diestro, creyendo haber sorteado aquel peligro; al pasar junto a la Plaza Monumental, donde aquella tarde esperaba obtener un triunfo, dió al olvido la zozobra que momentos antes sintiera; pero cuando ya en la estación de Francia se disponía a descender del coche y apenas puso el pie en el estribo, quedó petrificado.

Allí, en el andén de la estación, junto al vagón de donde él descendía, ataviada con un primoroso vestido claro hechura sastre y agitando su enguantada mano estaba ella: Olimpia de Nancy.

Por la imaginación de Pimentel pasó como chispa eléctrica una idea en la que iba asociada aquella mujer con sus sinsabores de estoqueador.

Vió a la francesa con una empuñadura de estoque en la cabeza y a un estoque vestido con faldas.

Le pareció que la estación daba vueltas y desvanecido fué a caer en los brazos de Olimpia.

Lo que menos podía sospechar ésta era que estrechaba sobre su corazón un cadáver.

CAPITULO II

Donde aparece Julián Casas que no es "El Salamancaño" pero es de Salamanca



El suceso se presentaba rodeado del mayor misterio.

La noticia de la muerte de Pimentel circuló rápidamente. Pero el cuerpo inanimado de aquella figura del toreo no parecía por ninguna parte.

Conducido el infortunado espada a la Casa de Socorro certificó de palabra la defunción un camillero, por haber salido el médico le guardia a ver a un amigo enfermo.

Cuando llegó el Juzgado el cadáver no se hallaba en el benéfico establecimiento.

¿Quién o quiénes habían hecho desaparecer el cuerpo de Pimentel? ¿Y con qué objeto?

El juez interrogó a todo el personal de la casa. Nadie sabía nada.

Únicamente pudieron manifestar los empleados que entre las personas que acompañaban al cadáver figuraba la artista Olimpia de Nancy, que dijo estar domiciliada en un conocido hotel cuya señas dejó. Olimpia había relatado lo ocurrido en la estación a la llegada del expreso sin añadir otros pormenores.

Por teléfono fué llamada Olimpia que contestó que acudiría enseguida. Pero tardó en vestirse largo rato.

Por fin detúvose a la puerta de la Casa de Socorro un auto de lujo del cual descendió la artista.

Al entrar en el local el olor a yodo se trocó por el de los más delicados perfumes de que iba saturado el cuerpo de la señorita Nancy.

Un guardia municipal que estaba durmiendo en un banco despertó e hizo cinco o seis profundas aspiraciones.

Olimpia fué conducida a presencia del juez.

Llevaba una falda tan corta que al sentarse enseñaba las ligas, cada una de las cuales ostentaba un soberbio solitario. El juez la recriminó por su tardanza.

Después de las generales de la ley empezó el interrogatorio.

El secretario del juez extendía la declaración torciendo los renglones distraído contemplando las primorosas pantorrillas de Olimpia.

¡Qué hermosas! Qué torneadas! ¡Qué esculturales!

Al enterarse Olimpia que se la llamaba para que manifestara si era la autora o tenía complicidad en la desaparición del cadáver de Pimentel experimentó la mayor sorpresa.

El juez pareció desconfiar.

—Describa señorita, la escena de la estación.

—Yo estaba en el andén. Los pasajeros venían asomados a la ventanilla. No ví a Pimentel entre ellos. El tren se detuvo. Empezó la confusión propia del caso. De pronto ví a Pimentel ante mí y sin pronunciar palabra cayó desvanecido en mis brazos.

El juez en lugar de interesarse por esta declaración sonrió.

—¿A qué venía ese torero a Barcelona? A verla a usted seguramente.

—Venía a desquitarse con los de Angoso.

—No entiendo.

El secretario que no había apartado la vista de las extremidades inferiores de la señorita Nancy intervino.

Era un joven que no llegaba a los treinta, de mirada distraída y delgada complexión.

—Si el señor juez me lo permite le diré que Angoso es el nombre de una ganadería de reses bravas fundada en 1908 con vacas de Veragüa y sementales de Oñoro...

—¡Basta! Estos datos no conducen al esclarecimiento de los hechos, dijo el juez con sequedad. Señorita firme V. la declaración y puede retirarse. Tiene V. derecho a leerla por sí misma.

La artista sin contestar tomó la pluma de manos del secretario. Rozáronse las caras de ambos. Olimpia no dejó de notar que la mano del joven estaba trémula.

Se miraron.

La señorita Nancy firmó y salió dirigiendo un cortés saludo al juez y, uno graciosísimo al joven secretario que quedó como petrificado.

Las diligencias judiciales no dieron resultado alguno.

La corrida fué suspendida. La empresa por medio de un cartelito anunció que quedaba suspendida la fiesta pudiendo cuantos habían adquirido billetes pasar a recoger su importe en el despacho hasta el anochecer y el día siguiente hasta a medio día.

El gentío que en las primeras horas de la tarde se reunió junto al despacho de billetes fué enorme. Hacíanse toda clase de comentarios.

Un doctor aseguraba que no eran cosa nueva los casos de catalepsia y que muchos supuestos cadá-

veres se habían presentado en el comedor de su casa dando un susto a la familia.

En tanto algunos revisteros perfilaban artículos necrológicos y recordaban la fecha de la alternativa de Pimentel, en la plaza de Madrid, el flamante traje lirio campestre y oro que vestía aquel día y el nombre del primer toro que estoqueó llamado *Mujeriego* de Veragüa, negro bragado, aparejado, careto, rabón y algo bizco del izquierdo.

Por la Rambla frente al despacho no se podía dar un paso. Las bocinas de los autos y el campanileo de los tranvías armaban un ruido infernal, pero los grupos permanecían compactos denostando a chófers y conductores.

La policía de a caballo vióse obligada a despejar. Poco a poco los grupos fueron disolviéndose.

Una corrida suspendida no deja de contrariar al aficionado.

¿Dónde pasar la tarde que tenía destinada a presenciar su espectáculo favorito?

Pero Barcelona es grande ofrece incontables distracciones.

Unos se dirigieron a Las Planas, otros a las Casas Baratas de La Salud y a este tenor aquel contingente de aficionados pasó la tarde en gran parte en los lugares de esparcimiento de los alrededores de la ciudad.

Los carteles fijados en los sitios de costumbre seguían sin el aviso de la suspensión ostentando el nombre de Pimentel como si nada hubiera ocurrido. Aquello parecía un sarcasmo.

Por singular coincidencia junto al nombre de Pimentel aparecía en otros carteles el de Olimpia de

Nancy, estrella de uno de los principales music-halls de Barcelona.

Ante uno de estos carteles en una de las calles adyacentes a la Rambla detúvose un joven a contemplar el retrato de gran tamaño de Olimpia de Nancy con verdadero deleite. No atendía a la animada conversación que próximo a él sostenían varios aficionados.

Hablaban de Pimentel.

—¿Qué interés puede haber en ocultar un cadáver?

—Es indudable. Pero hay testigos presenciales de la muerte. Un individuo de la directiva de la Peña Pimentel me ha dicho en el Bar Muñagorri que le vió desplomarse sobre Olimpia de Nancy.

—Podía ser también un desvanecimiento.

—¡Sí! Un desvanecimiento al estilo del Pobre Valbuena.

El joven antes aludido al oír los nombres de Olimpia y Pimentel salió de la abstracción en que parecía estar sumido.

Echó a andar calle arriba. A la puerta de un music-hall volvió a ver el retrato de la celebrada artista.

Entró.

A poco de penetrar en el foyer sintió que tocaban en el hombro.

Volvióse y vió a Olimpia.

Poco faltó para que cayera en sus brazos como Pimentel por la mañana.

Olimpia le contuvo.

Cariñosamente le condujo a un sofá en el que entablaron el más animado diálogo.

—Le he reconocido a usted, enseguida. Es usted

el secretario del juzgado que me ha tomado declaración esta mañana. Le esperaba a usted.

—Tuteémonos, ya que somos conocidos.

—Como quieras.

—¡Qué bonita eres!

—¡Bah! dejemos esto. ¿Cómo te llamas?

—Julián Casas.

—¿Y eres?...

—Salamanquino.

—Yo soy española. Soy de Alicante. Me llamo Teresa Alonso. He pasado mucho tiempo en París cantando en los cafés conciertos y mi familiaridad con el idioma francés hace que muchos me tengan por francesa.

—¡Y esos cabellos de oro! ¡Y esos ojos azules! ¡Y esos labios!...

—¿Qué más?

—¿Cuánto por un beso?

—¿Te gusto o me quieres?

—Las dos cosas.

—Mira; no tratemos de engañarnos. Comprendí desde el primer momento que te gustaba. Estas cosas las advertimos las mujeres enseguida. Pero el amor es cosa muy distinta que el deseo y el afán de posesión. Me has interesado pero no puedo quererte. Ni tú a mí que no apartas la vista de mis piernas, los amantes tienen fija la mirada en el semblante de la mujer querida.

—Sí, sí, es verdad. Los cabellos de oro, esos ojos azules...

—Sí! ¡Vamos! Azul y oro. Seamos dos buenos amigos. Me conozco. He sido solo un objeto de placer y me he vengado no queriendo a nadie.

—¿Ni a Pimentel?

—Pimentel me gustaba porque era torero. Jamás le profesé estimación ninguna pero en la plaza me entusiasmaba y me sentía halagada con ser su amante. Cuando le ví en la casa de Socorro con aquella boca torcida, aquellos ojos vidriados y aquel semblante pálido me causó horror. Del torero quedaban unos despojos poco agradables y no quedó en mí el menor deseo de volverle a ver. Las mujeres de mi condición olvidamos pronto. A otro.

—Yo.

—No eres torero.

—¿Y si lo fuera?

—Si lo fueras...

—Si lo fuera por ti, disputaría la oreja de oro y no creas que en la suerte suprema mi arma fuera como la de Fernando Pimentel que según se ha venido diciendo sste año en Málaga, Castellón, Murcia y Madrid, sólo la ha metido poco más de la punta. Yo la metería toda.

—¿Toda?...

—¡Toda! ¡Toda! Y no por emulación profesional, sino por darte gusto.

Olimpia pareció intrigada. Miró al joven con aire de duda. Después hizo un mohín y le asestó las más provocativas miradas.

Sus manos se buscaban. Al experimentar Julián la presión de los dedos de la hermosa creyó sentir una tempestad desatada en sus vasos sanguíneos.

Hacia rato que oficiosamente un camarero había acercado un velador y dos sillas.

Olimpia pidió una cosa extraña. Julián que estaba sofocado una limonada.

Compareció el camarero con el servicio. El vaso de Olimpia era alto, muy alto. Contenía merengue

rosado y en él dejó caer el camarero leche fría, dos yemas de huevo y una copa de coñac. Después lo batió todo con la cucharilla. Aquella bebida debía estar deliciosa.

Del primer sorbo la artista dejó el vaso casi vacío.

El camarero le dirigió una mirada de asombro que no pasó inadvertida a Julián.

—No te extrañe, dijo la joven. Se nos exige que obliguemos a hacer gasto a la concurrencia y a pedir las consumaciones más caras que apenas gustamos, pues nuestra misión es recorrer mesa tras mesa imponiendo a los hombres el convite y si fuéramos a beber todo lo que pedimos caeríamos ébrias. Lo más que hacemos y no siempre es arrimar los labios a la copa. Después a repetir la suerte en otro lado. Lo principal es que aquello se cargue en cuenta. Por esto el camarero se ha sorprendido al ver que en poco ha estado para que yo apurara el vaso.

—¿Y esto qué significa?

—Significa que no quiero empezar por hacerte objeto de especulación. Si el camarero espera que yo vaya a ocupar otra mesa ya puede esperar sentado. Mira.

Y apuró el vaso.

Oyóse gran ruido de cristal roto. Al camarero se le había caído la bandeja.

—Esta noche me van a imponer una multa—dijo la artista.

—¿Quién? ¿El gobernador? Creo que cantas la "Canción del naufrago" sin otra prenda que un salvavidas.

—No. El *regisew*. Mi obligación es llamar a dos amigas, para que las invites y pidan champaña de las

marcas más caras y pastas, para aumentar la cuenta. Pues no será. Llévame donde quieras.

—¿Estás mal aquí?

—No. Yo no. Este es mi ambiente, pero no quiero que estés aquí un momento más. No tardaría en venir el camarero con una cuenta a cargo mío con supuestas cenas en la última quincena, cuenta que te verías obligado a pagar por galantería. Y te aseguro que las tales cenas no habían salido de la cocina. Dame los guantes que han quedado en el sofá.

Julián obedeció. Antes de entregarlos arrimó los guantes a sus labios.

—Eres un niño—le dijo Olimpia.—Si te ha visto el camarero añadirá dos cenas más a la cuenta imaginaria.

Julián llamó y aun cuando el gasto no había sido mucho, para no quedar corto, alargó un billete.

La vuelta le fué presentada en un plato, en el que había billetes pequeños y varias monedas. El joven recogió los billetes solamente.

Salieron.

Ocuparon un taxi en el cual recorrieron los bellos alrededores de la ciudad.

Olimpia no dejaba de mirar fijamente al joven. Aquella cara morena recién afeitada aquel pelo negro y en sortijado, aquellos ojos tan negros como el pelo, en conjunto, aquel semblante más parecía propio de un torero que de un curial.

—¿Eres torero?—le dijo.

—No.

—¿Has toreado?

—Sí.

Entonces Julián se expansionó. No le ocultó nada. Había estudiado leyes en la Universidad de Sala-

manca y simultaneado la ciencia de Derecho con el arte taurómico; había asistido a las tientas y herraderos de varias ganaderías de la provincia: Hidalgo, Clairac, marqués de Llen, Muriel, Peña Rico, Sánchez Tabernero, Terrones y tantas otras. Había aprendido a sortear las reses. Pero el toreo como profesión no le seducía. Consideraba a los mejores toreros unos desgraciados, como a los hombres políticos, los eximios literatos, los más excelsos cantantes. Todos carecían, para él, de vida propia. Se debían al público. Ninguno de ellos podía mirar a una mujer en el paseo sin que se enterara media humanidad. Ignorado él por todos podía dar rienda suelta a su albedrío. Creía haber entendido la vida. La fama y los honores no valen lo que la libertad de hacer las cosas sin dar un cuarto al pregonero. Refractario al matrimonio, estaba decidido a permanecer soltero. Era entusiasta del amor furtivo. Pensando como pensaba no podía ser torero. Sus devaneos hubieran sido la comidilla de los desocupados. Su propia insignificancia le abría las puertas de la dicha. Esta consistía en ser lo menos conocido. La historia se ocuparía del matador de toros Julián Casas, del Julián Casas curial no se ocuparía nadie.

Olimpia le escuchaba atentamente. Julián era un torero sin traje de luces. Se lo pondría indudablemente si ella quisiera, dado el ascendiente que ejercía sobre el joven.

Llegaron a la cumbre del Tibidabo. Recorrieron todas las atracciones, los saca perras a cambio de postales, caramelos y perfumes, la Atalaya, la Exposición permanente. Tomaron asiento en una vagoneta del ferrocarril aéreo. Al ser lanzados al espacio, la artista prorrumpió en chillidos estridentes, rodeando con sus

brazos el cuello de su compañero, que, a su vez, ceñía con el suyo el esbelto talle de la bella.

A pesar de la emoción, repitieron el viaje varias veces.

La noche se echaba encima. La ciudad empezaba a iluminarse. Pronto la gran urbe adquirió el aspecto de un ascua de algunos kilómetros cuadrados. Los focos señalaban la dirección de las calles, dando la sensación de un inmenso plano luminoso. Los buques de guerra surtos en el puerto dirigían sus proyectores eléctricos al monte.

—Envidiosos están de nuestra dicha—dijo Julián,— porque yo te quiero y tú... también me quieres.

—Cállate, cállate...

—No, no, no trates de ocultar el estado de tu ánimo. Tu mano tiembla bajo mi brazo.

—Es de frío—dijo ella.

Y se levantó el cuello del abrigo.

—No, no es de frío, esta vez es de miedo. Tienes miedo a quererme.

Olimpia pareció experimentar un cambio brusco.

—Cálmate, Julián—dijo sobreponiéndose a sí misma.—No son estos momentos para distinguir el miedo del frío, como el personaje de la Revolución. Quedamos en que no hemos de pasar de ser dos amigos. ¿Que tú quieres más? Pues menos aún. Ni dos amigos. Dos simples conocidos. Soy la mujer frívola y caprichosa del music-hall, del cabaret, del foyer, la que recorre las mesas pidiendo champaña de las mejores marcas, la que anda a la parte con el camarero en las cuentas simuladas de cenas que no han existido.

—¡Mientes! ¡Mientes! Tu voz balbuciente te delata.

—¿Quieres convencerte? Sígueme.

El joven obedeció.

Se lo llevó al restaurant. En el vestíbulo se hallaban varios camareros.

—Quiero cenar y quiero cenar bien—dijo Olimpia.

Julián cambió algunas palabras con el *maitre d'hotel*.

Pasaron a un gabinete decorado con sencillez y buen gusto.

Olimpia arrojó el abrigo sobre un diván.

Julián dirigióse a ella.

La artista soltó la carcajada.

—Supongo—dijo—que no vas a cometer la ridiculez de tratar de reproducir el cuadro "Por fin solos".

—¡ Sólo un beso!

—¡ Nada! Todo empieza por un beso.

—¿ A qué tanta crueldad?

—Escúchame. Mientras nos preparan la cena, fíjate bien en lo que voy a decirte. El primer beso sería el principio de mi perdición. A ti te parecerá paradójico eso de la perdición de una mujer de mi clase. Pues nada más cierto. Cuando me hablabas ahí fuera he tenido un momento de vacilación, soy franca, pero ya he reaccionado. Creo conocerte. La posesión no tardaría en engendrar en ti el aburrimiento, el cansancio y lo peor del caso es que me siento capaz de amarte. El tedio tuyo sería mi desesperación, tus ausencias serían para mí torturantes. Tu tardanza me haría consultar el reloj en el foyer a cada minuto devorada por la mayor impaciencia. Mis compañeras se reirían de mí. Yo, la reina del music-hall, sería un ser ridículo. Tu alejamiento se acentuaría cada día más y a mi sufrimiento se añadiría la burla de todos, hasta del botones. Oye Julián, yo he arruinado a muchos hombres pero tu has arruinado muchos corazones. Me lo han dado a conocer pocas palabras tuyas. Si lograra yo vencer sería la vengadora de muchas mujeres, pero

tengo el temor de que vencieras tu. Y serías el vengador de muchos hombres.

Julián callaba.

—Yo, prosiguió la joven, necesito al torero, al hombre que hoy toree en Barcelona, mañana en Logroño y al día siguiente en Zamora. No a quien como tu tiene regularizada la vida pero irregularizado el corazón.

—Te juro...

—No jures. Estas acostumbrado a oír el juramento de los testigos falsos.

Julián herido por esta alusión tan directa hizo ademanes de dirigirse a la puerta.

Ella le salió al paso.

—Seamos juiciosos,—le dijo,—reconciliémonos. Mira, mira ya traen la cena.

Esta estaba compuesta de los platos más exquisitos y los vinos más celebrados.

La joven fué despojándose de las sortijas. Cada una de ellas representaba una cantidad crecida. Envolvió-las en un pañuelito de seda y dijo a Julián.

—Toma y guárdame eso.

De pronto fijóse en la humilde sortija que llevaba puesta el joven en el anular de la mano izquierda.

—¿De alguna novia?—dijo.

Julián hizo signos negativos.

—Tiene su historia relacionada con el toreo,—dijo Julián que embelesado en la contemplación de la joven había olvidado las cosas de los toros.—Esta sortija puede decirse que ha visto a aquellos toreros que se llamaron Juan León, Francisco Montes y José Redondo. La llevaba puesta un militar llamado Pérez Olmedo oficiando de Caballero en plaza en las corridas reales verificadas en Madrid en Octubre de 1846 con motivo del casamiento de Isabel II con Francisco de Asís

en las cuales actuaron los toreros que te he mencionado y además Cúchares mi honónimo y paisano Julián Casas (*El Salamanquino*) y otros.

—Cuántas cosas sabes!

—No te burles. Este aro vino a mis manos rodando, rodando. ¡Claro! Siendo un aro...

A todo esto Julián apenas comía.

Olimpia por otra parte concedía mayor preferencia a las libaciones que a los manjares. Parecía que trataba de aturdirse. Apesar suyo recordaba a Pimentel.

—Oye,—dijo—quiero que te cobres la cena.

Julián la miró con curiosidad.

—Dicen por ahí que canto regularmente. Voy a dedicarte un aria.

Levantóse, se retiró a un ángulo del saloncito y atacó las primeras notas de una canción francesa titulada *Je t'aime*.

Su voz era extensa y de un timbre delicado, la emitía sin el menor esfuerzo y gorjeaba con seguridad pasmosa. Unas veces elevaba sus hermosos ojos al cielo y otras se llevaba ambas manos al corazón moviendo los brazos con una ductibilidad sorprendente.

La artista hiló la última nota de un modo tal, adelgazándola suavemente hasta perderse en el silencio, que Julián quedó un momento extasiado.

En tanto Julián permanecía en el mayor arrobamiento, Olimpia añadió una copa de champaña a las que llevaba en el cuerpo.

—¡Te has propuesto enloquecerme, primero con tus encantos, después con tus desdenes, ahora con tu arte. No respondo de mí!

—¿Llegarías a la violencia? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—No bebas más. Te lo suplico...

—Sírvenme champaña. Te lo mando.

El joven obedeció.

—¡Qué hermosa es la vida!—decía Olimpia animándose.—Los abrojos, las penas, los recuerdos tristes desaparecen, se esfuman, se disipan. Si me parece que no he sufrido nunca, champaña... champaña... Julián siempre amigos... nunca amantes. En estos momentos de las grandes verdades... te digo, que te amaría con vehemencia... y tu desvío me haría muy desgraciada. ¡Y si fueras torero!... yo quiero verte torear... como aquellos toreros que citabas del año... cuarenta y seis... no se si equivoco la fecha, Montes, Cúchares, Redondo y El Salamanquino... ya ves que no he olvidado los nombres... ¡Quiero que torees ahora mismo. Te lo mando. Si tanto me quieres, debes torear.

—Vas a ver,—dijo.

Julián no se hizo repetir la orden. Cogió el abrigo que Olimpia había dejado sobre el diván y desarrolló un toreo de salón, vistoso, artístico, elegante. Aquellas navarras hubieran sido la envidia de Cúchares y aquellos gallos no los hubiera desdeñado el Chiclanero.

Olimpia aplaudía.

—¡Julián champaña! ¡Sírvenme champaña!

—No! no!...

—¡Qué amante más poco complaciente! ¡Haced caso de los hombres!

Olimpia alargó el brazo y apuró la copa de Julián que estaba intacta.

Su vista empezaba a nublarse. Sin darse cuenta de ello, hacía dar vueltas sobre sí misma a una botella de anisado.

De pronto se pasó la mano por los ojos como para ver mejor. Acababa de leer en la etiqueta "ANIS PIMENTEL".

La litografía reproducía el retrato del célebre torero. Allí estaba Pimentel con su traje de luces, con hombreras de oro y la chaquetilla cuajada de bordados.

—¡Pimentel! ¡Pimentel!—decía Olimpia en voz baja.

Poco a poco fué pareciéndole a Olimpia que el retrato se destacaba del cristal, qué aquella figura adquiriría vida, se aumentaba y se movía. No presentaba aquella faz pálida que tan mala impresión le había causado por la mañana en la Casa de Socorro, ni aquellos ojos vidriados, sino un semblante moreno y unos ojos saltones.

—Todo ha sido un sueño,—pensaba Olimpia—Pimentel vive... vive... y torea,—se dijo—al ver a Julián lancear de capa pasándose esta por la espalda y rematando una media verónica magistralmente.

—Así sólo torea Pimentel,—se decía—tiene el privilegio... es su estilo único..., es él... es él... vive y torea...

Levantóse, dirigiéndose a Julián y cayó en sus brazos.

Sus labios se juntaron.

Fué aquel un beso largo, prolongado, ardiente.

Julián ébrio de pasión y placer cubrió de repetidos y apretados ósculos las sonrosadas mejillas de la joven.

—¡Teresa! ¡Teresa! ¡amada!

—¡Pimentel! ¡Pimentel mío!

SEGUNDO TOQUE

CAPITULO III

Bofetadas a granel o el vivo de Pimentel



larividente lector: Por escasa que sea tu capacidad psicológica, por poco que conozcas los pensamientos de Stendhal acerca del Amor y aunque jamás hayas analizado ese órgano sístole-diastolizante que se llama corazón femenino, convendrás conmigo en que el tal secretario judicial era lo que se llama un primo.

Es decir, aquella noche, con dos copas de más y a punto de *coger el tablón*, bien podemos decir, sin eufemismos, que era un primo *alumbrado*.

Porque, meditemos: ¿Es cierto que Olimpia de Nancy se había enamorado de aquel chupatintas judicial por su perfil apolíneo?... ¿Acaso la encendida pasión de esta *divette pseudo-gálica* había prendido a causa de esa jurídica atracción que irradian siempre, por ir de *auto en auto*, estos complicados burócratas de Juzgado de Guardia?...

Claro está que no. Si la señorita de Nancy adoraba al arrebatado Julián era porque veía en él al propio Pimentel redivivo; porque su cara, sometida ásperamente a la *gilette*, le recordaba el rostro helénico del as del estoque misterioso a quien vió por por última vez sin pizca de sentido; porque la irrefrenable aspiración del escribiente por ser una figura del toreo, reflejaba la misma ilusión que su Fernando sentía por epatar a aquel encumbrado fenómeno que se llamaba el Niño de la Rabasada...

No amaba, no, a Casas porque este apellido tuviera resonancias de contribución urbana, sino por ser la contrafigura de Pimentel; su auténtica reencarnación taurina; la copia exacta de aquel Fernando de quien Olimpia había dicho en sus apasionados momentos de un cursi subido:

Con su terno de caireles
que no copian los pinceles
o con ruso de astrakán,
en esta vida se dan
muy escasos Pimenteles.

Mas este Julián, por su exacto parecido con el desaparecido, por su afán de estoquear toros ¿no podía ser el día de mañana, como su Fernando, el salvador de las empresas en quiebra y el ídolo de las cocainómanas que se afeitan la nuca?...

¡Inocente secretario judicial!... A pesar de proceder de Salamanca y de haber escuchado a Unamuno, no había comprendido que en el amor carnal, aunque

las sustituciones resulten sabrosas, son espiritualmente lamentables para el usufructuario.

Abandonaron el idílico gabinetito y entraron de nuevo en el gran salón del restorán.

Sonó una pianola.

Aturdido por el acohol y por tanta coba de la Nancy, el secretario del Juzgado se quedó dormido lo mismo que un magistrado de Sala.

Y, entonces, aprovechando este sueño de Julián, un hombre bien vestido, de aspecto vulgar y mediterráneo, dirigió a Olimpia la siguiente invitación:

—¿Quiere usted que bailemos, paisana?

—*Ouí, monsieur: Enchantée de la vie...*

—Eso no; no me venga usted, niña, parodiando a Herriot porque la conozco a usted. Usted es Teresita Alonso, paisana mía, cantante y...

—¿Y qué...?

—Pues... eso. Que sé que es usted alicantina y que es muy justo que *ali-cante* pero... que aquí, baile.

Y se lanzaron al charlestón.

El señor de marras era un fabricante de bombillas que tenía mucha *lus*; *salió* de su tierra muy chico y se instaló en Madrid donde, por vivir cerca de la Bombilla, se hizo constructor de lámparas; trabajó con *energía*; impulsó su cuenta *corriente* y, una vez con *lus* propia abundante, habíase trasladado a Barcelona sin más espiritual aspiración que officiar durante dos meses en el altar del divino Eros. (No puede decirse de forma más delicada, que el amigo quería pasarse ocho semanas retozando con las pelanduscas).

Si algo anormal y paradógico se daba en este alicantino casquivano, es que vistiese tan limpio siendo fabricante de *lámparas*.

El ritmo del baile ritmaba con el ritmar de sus corazones cuando el charlestón llegó a la coda.

El constructor de bombillas, jadeante, sudoroso, acompañó a la señorita de Nancy a su mesa en el crítico instante que el secretario judicial volvía de su sueño.

Fué un despertar en plena tormenta. Porque, habiendo advertido Julián que estaba *haciendo el indio* de un modo salvaje comenzó a apostrofar a su compañera en un lenguaje inacadémico que no hubiera suscrito, desde luego, ese cincelador de la prosa, castellano injerto en catalán, que se firma Mario Aguilar.

—¿Sabes lo que te digo, infame?... Que tienes más de sucia que de *o-limpia*.

—¡Rey mío!

—Calla, *sota*. que eres más aficionada a la polian-dria que un ave de corral...

La pobre Olimpia de Nancy maldecía hasta el día en que *nancyó*.

Y estalló la tormenta.

Sonaron, retumbantes, dos estruendosas bofetadas que las oye un jefe de la *claque* y contrata al dador; el secretario le arreó un puñetazo en el hipocondrio al fabricante alicantino que lo dejó "apagao"; hicieronle un siete al camarero en el paño de la cocina tirándole tres copas por el suelo y, en fin, aquello era una batalla campal cuyo armisticio fué impuesto por un guardia ordenancista que colocó sobre la mesa su espada salvadora.

Total; que entre el ¡Rey mío! de la estrella; el ofensivo *sota* que el secretario la dijo, el *siete* y las *copas* del camarero y la *espada* del guardia, aquello parecía una partida de naipes en pleno asedio de Verdún. ¡La de *tutes* que hubo!...

.....

Mientras todo esto acontecía en la hidalga tierra de Ventoldrá, Fernandito Pimentel, nuestro flamante protagonista, se daba un tono de conquistador por las calles de Zaragoza que hubiera dejado en pañales al propio Palafox.

¡Lo contento que se veía él alternado con Villalta, de paseo por el Cabezo de Buenavista y toreando becerras de Nicanor Villa en sus prados de la Cartuja Baja...!

Porque motivo de este su viaje a Zaragoza fué lo siguiente: Cuando en Barcelona, la víspera de torear la corrida de Angoso, descendió del tren y vióse apretujado por Olimpia de Nancy, advirtió que, un *pendantif* con más piedras que una catedral gótica se le colaba oportunamente entre los dedos.

Partióse, frágil, la cadenita que lo sujetaba al busto de la *divette* y, una vez con la valiosa joya entre los *dátiles* ¿quién era el ascético mortal que la despreciaba cuando su pignoración suponía sin hipérbole un puñado de pápiros?...

Concibió una idea genial; fingió un ataque; le llevaron a la Casa de Socorro; quedóse sólo con el camillero; sospechó que en la camilla podía *haber hude* y salió de estampía para Zaragoza.

Ya hoy, después de una ausencia de un mes, todo olvidado, retornaba Fernando a la ciudad de sus triunfos, bien acorazado de billetes, producto de la pignoración del fulgurante *pendantif*.

Pero ¡ah, que la Casualidad es la madre política de los destinos humanos! Y en ésta como en aquella noche fatídica, Pimentel al descender del tren en la Estación de Francia, se encontró de nuevo en los er-

búneos brazos de la cantante que amenazaba, cariñosamente, estrangularlo.

—¡Fernando!

—¡Olimpia!

—¡Te amo!

—Yo también. Estoy enterado de todo; sé que ahora ya no cantas “La Canción del Náufrago” arropada con un salvavidas ligero sino pegándote pudorosamente al ombligo una moneda de cuproniquel; pero, a pesar de esa umbilical liviandad te amo...

—Te idolatro, Fernando mío. Y como estamos en momentos de sinceras confesiones, te diré que te he perdonado hasta el *pendantif* de brillantes que, sin querer, te apropiaste en la noche del desmayo.

—Olimpia: Eres de una delicadeza que compunge.

—Y, en penitencia, sólo te pido un favor; que me libres...

—¿De un pollo—pera, acaso?

—No. De un camueso de secretario judicial que se ha enamorado de mí como un impuber doceabrileño; pretende además ser torero para hacer conmigo faenas más ceñidas que tú.

—¿Dónde está ese suicida?...

—A la puerta de mi casa. Desde hace ocho días permanece allí, como si le hubieran pegado con sinteticón.

—Vamos ahora mismo.

Llegaron al tercer piso de la casa en la calle del Peu de la Creu y, sin más explicaciones, Fernando Pimentel a cuyo lado y en punto a biceps Uzcudun era una novicia, le dió al secretario un *peu* de paliza y cuatro “patás” con tal ímpetu, que rodó seis tramos de escalera sin decir más frases que estas:

—¡Que me rompo las piernas! ¡Auxilio! ¡Que venga el juez! ¡Que la diño...!

De un bolsillo, en el rápido volteo, cayeron al suelo quince o veinte pesetas que llevaba.

Sin duda al llegar al portal, el escribiente había perdido hasta la última *pluma*.

.....

Dos días después Olimpia de Nancy y Fernando Pimentel departían amigablemente como dos recién casados en torno al velador de un café de la Rambla.

Iba el torero muy bien *amueblado*. Y ella, no digamos. Vestía una elegante creación de Patou en tono azul bombero, cuya falda permitía ver aquellas bien torneadas piernas junto a las cuales, las escultóricas de Mistinguette o las "demetriescas" de Tina de Jarque hubieran parecido fideos alámbricos.

Fernando y Olimpia daban además la sensación de recién vinculados porque ella—¡oh noches de impulsivo amor!—lucía unas ojeras más profundas que unas glosas de Eugenio d'Ors.

—Oye Olimpia: Antes de que yo te revele el secreto del estoque misterioso ¿quieres decirme quien era el hombre al que acompañaste a la estación en la noche de mi llegada?...

—No seas celosillo, Fernando: Era un fabricante de bombillas paisano mío que se ha empeñado en llevarme al altar.

—Re-filamento!... A ti te tira la *luz* en todos los sentidos, porque en tiempos ya estuviste confabulada con un almacenista de quinqués...

—Sí pero, decían que si *tubo*, que si no *tuvo*...

—¡¡¡Atiza!!!

En aquel momento descubrieron por la acera de frente al café la grotesca figura del secretario judicial víctima del derrumbamiento por la escalera, quien envolvía su cabeza en una red de vendas y caminaba penosamente apoyándose en dos muletas ortopédicas.

Pimentel, que era un ironista con coleta, dijo proféticamente a su Olímpia:

—Esa birria de hombre que pasa por ahí se ha salido con la suya. Ahí lo tienes...

¡Pasando con dos muletas puede hacer una faena que ni Rafael el Gallo!

JUAN GALLARDO



CAPITULO IV

Los dos rivales frente a frente y ella gozándola en gordo



ndaba Julián Casas trabajosamente, porque aunque era hombre instruído, nadie se había cuidado de enseñarle a caminar de tal forma. En cambio, en el bachillerato, tenía un sobresaliente en álgebra, cuya utilidad desconocía hasta el momento.

Además de ir despacio, iba pensando en la nariz respingoncilla de una taquillera del Metro, una de esas narices que hacen creer que no es

tan disparatada como parece la insistencia de los japoneses en sustituir el beso por un frotamiento de narices. Y, claro, la primera interjección que soltó Casas al ver a Pimentel fué esta:— ¡Narices!

Y tras las narices, echó tantas exclamaciones y

tantos ayes que el público empezaba ya a rodear al averiado secretario.

—¿Qué pasa?—le preguntó, solícito, un urbano.

—Una sombra, un cadáver, un muerto que vive, una visión—gritaba Casas, dirigiéndose a Pimentel.

Y añadía, mesándose los cabellos como los galanes calderonianos:—Sí, sí, es la sombra de Fernando Pimentel, la misma sombra que me emprendió a patadas hace pocos días.

—¡Pues *vaya una sombra!*—exclamó, chungón, el mozo de un bar.

—¡Ah! ¡Y ella!—seguía Casas, en el paroxismo de aquel asombro que podía degenerar en locura—¡Ella siempre con el muerto!

—¿Pero quién es el muerto—preguntaba anonadado el polizonte.

—Pimentel, el *as...*

—¡Buena la *has...* cogido!—interrumpió el susodicho mozo del bar que, como los partiquinos teatrales, tenía en aquella escena varios *bocadillos...* y una jarra de cerveza.

—¡Yo pienso saber si eres Pimentel, su cadáver, su materia, o si eres un impostor!

Y Casas, hecho héroe, fué a poner sus manos sobre Fernandito, mientras éste sonreía indiferente como cuando le gritaban los morenos.

El urbano detuvo el brazo de Casas:—¡que está usted lisiado!

—¡Suélteme, guardia! Deje mi brazo, aunque luego tenga que llevarlo en cabestrillo.

Oír Pimentel lo del *cabestrillo* y alzarse del asiento fué operación de una milésima de segundo.

—¡No miente usted la bicha!—gritó.

—¡Pero si es que voy a tocarlo! *Un toque* siquiera.

—Que no, hombre, que no ha sacado el presidente el pañuelo.

Olimpia, azorada, se miraba al espejito de su cartera, que es lo que les ocurre hacer a todas las mujeres en los momentos difíciles... y en los otros.

Casas seguía gritando:—Quiero tocar esta sombra que me persigue. ¿De qué reino vienes? ¿De qué materia eres?

El grupo crecía, crecía.

Se mascaba el escándalo.

Pimentel quiso evitarlo, y contestó tranquilamente:—Ea, siéntese usted con nosotros y le explicaré todo lo que quiera. A ver, mozo, un "cock-tail" para este caballero.

Poco a poco, los curiosos se esfumaron.

Casas se había sentado junto al matador y se disponía a escuchar. La escena perdía interés para el público no enterado.

Para usted, lector, que está enterado, o que al menos se hace usted la ilusión de que lo está, el relato de Pimentel acaso tenga cierto atractivo.

Vamos a oírlo.

—Yo soy Pimentel—comenzó el torero—el auténtico Pimentel, ¿estamos?

—Algo así como los Charlots auténticos ¿no?—dijo Casas.

Torció el gesto Fernandito, pero continuó:—Yo efectivamente, fallecí; fallecí dentro de una camisa, en la casa de Socorro; aquello no podía ser; un torero de mi categoría no podía morir en un sitio en el que solo se mueren cuatro desdichados; por eso me escapé de allí; a morirme a otro sitio.

El mismo Pimentel estaba asombrado de su inventiva; nunca hubiera creído que fuese tan fácil tra-

mar novelas. Casas lo escuchaba atónito, desorbitado, tembloroso, como para desvanecerse de terror.

Continuó el torero:—Me fuí a un hotel, a un hotel de primera categoría, y dispuse que me prepararan una capilla ardiente, fastuosa, elegante, suntuaria, aunque tributara como artículo de lujo. Me vestí de chaquet, como se vistió Saleri para casarse, y me metí en la caja. La caja era cómoda, un féretro como para pasarse en él la vida. ¿Usted no se ha metido nunca en un féretro?

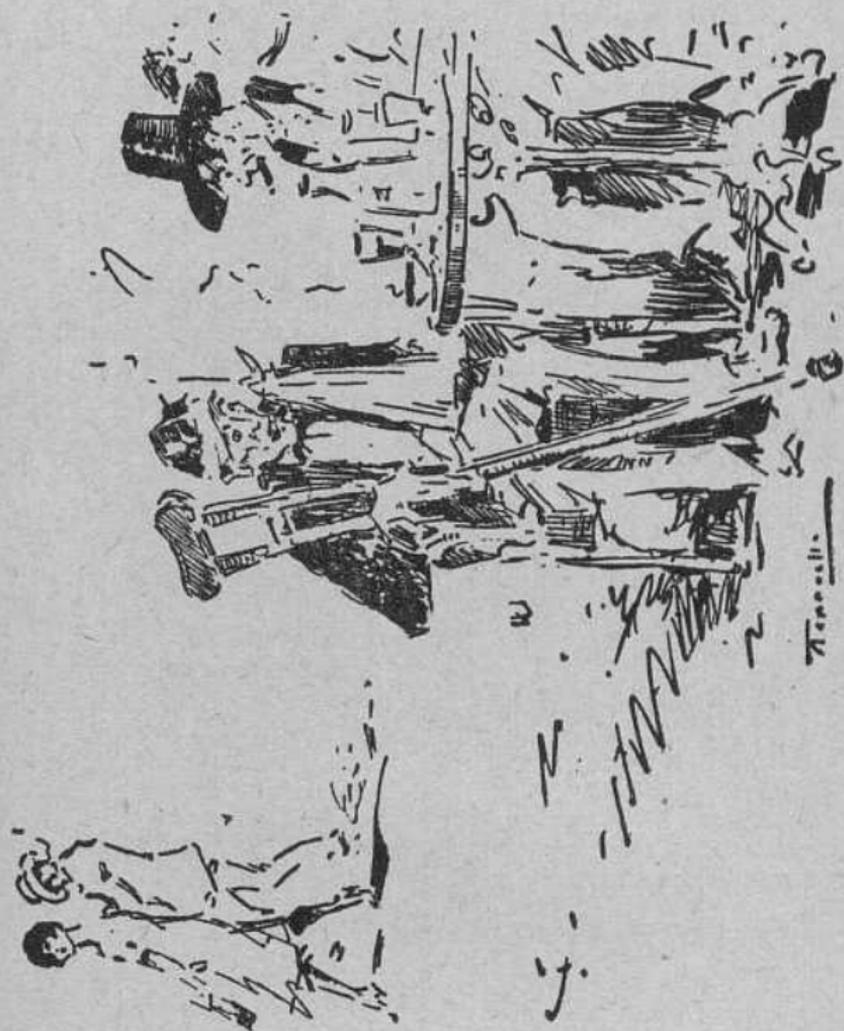
Casas, ingenuamente, negó con la cabeza.

Pimentel continuó:—Por la tarde fué el entierro. Me llevaron en un coche de cuatro caballos. El auriga a pesar de su tricornio y de su peluca blanca, iba curda. ¡Pero qué bien llevaba el coche! ¡Qué movimiento tan suave, tan simpático! Me adormecía deliciosamente. No hay carruaje mejor para dar un paseo. Pruébelo usted.

Casas aturdido, asentía.

Prosiguió Pimentel:

—En el cementerio oí algunos comentarios mientras me enterraban. Unos decían que la torería perdía conmigo uno de sus más firmes puntales, otros aseguraban que me había muerto de miedo, por una corrida de Miura que me guardaban en Sevilla. Los espadas compañeros se repartían mis contratos ante mi misma sepultura, como sayones. Luego, se fueron todos. Yo me quedé en el cementerio, en mi tumba, dispuesto a no saber nada. Y así pasé veinticuatro, cuarenta y ocho horas, que me parecieron un siglo. Empezaba a sentir la necesidad de saber noticias. ¿Había crecido Villalta? ¿Estarían a bien Corrochano y el de Ronda? ¿Aun llevaría sombrero jipi D. Sabino?



*La de Nancy "tomando el olivo" mientras Pimentel
platica con Julián Casas*

La cara de espanto del secretario judicial era cada vez más difícil.

Pimentel, con una fantasía enloquecedora seguía su narración:—De repente, en mi tumba sonaron unos golpecitos y una voz ronca preguntó:—¿Se puede? ¡Adelante!, grité con el mismo brío con que lo grita Morano en el Tenorio. Mi visitante era vecino de sepultura: un cadáver grosero, de enormes dientes amarillos, a quien en vida conocí. Siempre había sido un poco *calavera*, pero no tanto. Me contó su agonía, su muerte, su entierro; me dijo que me había admirado en el pase natural y que en cierta ocasión me echó un puro de seis reales. Luego me dió una nueva terrible. Olimpia—me dijo—anda por la ciudad con un mequetrefe, un chupatintas absurdo, secretario judicial según mis noticias.

De la cabeza de Casas los pelos se erguían erectos, como banderillas, delatando su pavor.

Pimentel continuó:—Al oír aquello salté de la sepultura, tomé un "taxi", fuí al hotel, donde todavía estaban algunos de mis trastos de matar, y cogí el estoque, el estoque trágico, para hundírselo hasta el morrillo al hombre que me arrebató el amor más grande de mi vida. Pero cuando encontré a usted tan flaco, tan poquita cosa, me dió pena. ¿Para qué el estoque—me dije—si se le derriba de cualquier manera? Y por eso me limité a tirarlo por la escalera.

—Muchas gracias, amigo Pimentel; usted no habrá matado, pero me ha hecho una faena como para que toque la música.

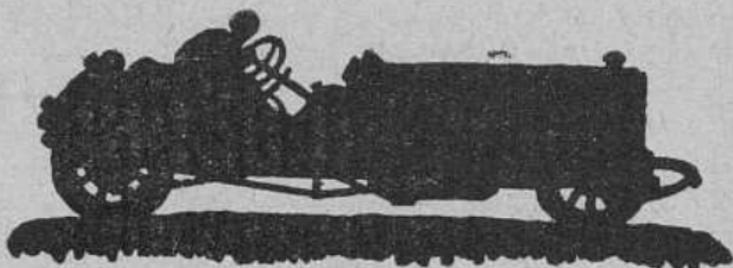
En aquel momento, una pianola lanzó las notas de "La medalla del torero".

Fernando Pimentel fué a dirigirse a Olimpia para

decirle si quería marcarse un pasodoble. Pero ¡oh, sorpresa! Olimpia había desaparecido.

En un auto corría hacia Madrid, acompañada del fabricante de bombillas. Y además, se había llevado el estoque de Pimentel.

EL CALESERO



CAPITULO V

El estoque de Pimentel desaparece del hotel



a Nancy huye a Madrid con el *bombillero* y con el estoque de Pimentel: dos "objetos" al parecer innecesarios en el equipaje de una artista de varietés.

Sin embargo a Olimpia le eran de imprescindible necesidad al emprender aquel viaje a la Corte. El fabricante de bombillas proporcionábale la *luz* que precisaba para tomar el tren y el estoque... ¡Ah, el estoque era una especie de talismán, algo como un imán con que satisfacer su capricho *atrayéndose* a Pimentel con mayor eficacia que nunca...! A veces las hetáiras de cabaret

por no se sabe que fenómeno resultan unas psicólogas formidables.

Ella poseía ya el secreto del estoque. Fernando, en la última noche de amor, en que compartieron elinsomnio, le había confiado la supersticiosa historia que le hacía tener en indecible estimación aquel acero misterioso.

Entonces fué cuando Olimpia, con la rapidez del rayo, se trazó el plan de la huida y de la *substracción* del estoque. Todo necesitaba llevarlo a cabo casi con tanta rapidez como lo pensara. Y a la mañana siguiente corrió a camelar al dueño de la *luz* de quien sabía que había de partir aquel día para Madrid. Cuatro carantoñas y otras tantas zalamerías, lo pusieron a punto de caramelo...

Quedaron citados en el apeadero de Gracia a la hora del expreso. Del hotel en que se hospedaba el alegre fabricante voló en un taxi al hotel en que tenía su habitación el torero. Este dormía aún. Con el mismo sigilo con que se deslizó del lecho y de la alcoba apenas advirtiera que Pimentel caía, al fin, rendido, en brazos de Morfeo, ya bien entrada la mañana, volvió a deslizarse dos horas más tarde dentro de la habitación.

Y cuando Pimentel, a mediodía, abrió los ojos, que hirió la luz del sol, al abrir Olimpia los balcones, ya era ella dueña del estoque misterioso.

Lo había substraído de la lujosa funda de cuero en que se leía en complicados caracteres en relieve: "Fernando Pimentel", y lo había enfundado en papel de seda de una paraguera elegante en donde había comprado un juego de sombrilla y paraguas pasados de moda ... (Pasados de moda, para que su tamaño viniese a coincidir con el del estoque, y pudie-

se, por lo tanto, ocultarlo en el mismo paquete, sin suscitar sospechas.) Una vez bien dispuesto el primoroso envoltorio, oprimió el botón del timbre y entreabrió silenciosamente la puerta, esperando que acudiese la doncella. Cuando ésta llegó, salió al pasillo, le entregó el paquete y ordenó, con gran naturalidad:

—El botones: que lleve estas sombrillas inmediatamente a mi casa.—Y le dió la dirección de su domicilio.

Entonces fué cuando abrió los balcones y cortó el desperezo de Fernando, cobijándose en sus brazos, que se cerraron en torno al torso admirable de la cupletista.

Esta se cuidó de que el torero se vistiera rápidamente, dispuesta a evitar toda coincidencia que yiniese a descubrir el hurto del estoque. Se lo llevó a comer; salieron del hotel; pasaron en "auto" y por fin acudieron al bar en que les sorprendiera el Salamanquino.

La estrafalaria escena en cuyo relato con tan viva imaginación se engolfara el torero, fué oportunamente aprovechada por Olimpia para desaparecer de su lado... A verdaderos trompicones preparó su equipaje. Ah, que hondo suspiro de tranquilidad, se escapó de su pecho al comprobar que allí, en su pensión, la aguardaba el paquete de papel de seda que contenía el estoque misterioso, y al arrancar el tren del Apeadero en donde se reunió con el incauto comerciante, que la esperaba con los brazos abiertos y la cama tomada! Tres suspiros profundos..., tan profundos como las ojeras que embellecían el rostro interesante de la artista, después de aquella jornada por todos estilos tan ajetreada.

Y expliquemos ahora el por qué de haber cla-

sificado a Olimpia de Nancy entre las más formidables psicólogas de cabaret. Intuitiva y enamorada “hasta las cachas”—como en su jerga pintoresca decía ella misma—de Pimentel—su único, su verdadero amor, entre los innúmeros amantes de una noche, de una semana o de seis meses, (ninguno durará más), que pasaron por sus brazos—, vió, clarividente, al oír el relato que él le hiciera del misterioso estoque, que allí podía estar el motivo por el que Pimentel quedase definitivamente encadenado a ella. Un punto pensó si al sospechar de ella su Fernando, cuando descubriera la falta de la espada, creería que se trataba de una venganza por aquel su canallesco proceder en lo del “pedantif”, que dió origen a todo el enredo de esta folletinesca historia. ¡Bien sabía Dios que no era así! Si ella se decidió a poner en práctica este plan que con éxito tan feliz se había iniciado, era segura de que la sospecha (¿quién podía robarle aquel estoque sino la única persona a quien le confiara su misterio?) le impulsara a buscarla, a perseguirla, a sentirse necesariamente *atraído* por aquella mujer fatal, que ya siempre, siempre, había de ser el norte de su vida—¡Gran psicóloga, la cupletista!

¡Con qué inquietud aguardaba ella los acontecimientos que habían de seguirse necesariamente a aquella huida!. Su cerebro era un volcán; hervían las ideas en su cerebro, con más *ruido* que el del convoy, devorando kilómetros—El fabricante estaba mosca, notando la incomprensible indiferencia con que lo tenía al lado Olimpia. Dijérase que él no constituía en aquellos instantes para ella otro papel que el de un *bulto* más de su equipaje...

—¡Estas mujeres!—meditaba, arrepentido de su calaverada de llevarse a la Corte a tan succulenta ga-



*El estoque misterioso desaparece del fundón de Pi-
mentel*

chí.—Y confiaba todavía en que ello se debiera al poco de mareo que la producía el tren; disculpa que ella dió a su actitud, rechazando sus mimos...

Amaneció. Era ya otro paisaje, otro aire, otra luz. En Alcalá compro el perillán unas almendras, que ofreció a su conquista (?) y que ella se comió sin agradecerse las. Y por fin blanco de sol, finamente recortada su silueta en el purísimo azul del cielo de la altiplanicie, Madrid se apareció a lo lejos.

DON QUIJOTE



CAPITULO VI

En el que se demuestra que ha debido pasar ya algo



curre a lo mejor en la vida que un hombre que ve despreocupadamente pasar los días pensando que su existencia transcurre ocupada y movida, de pronto se da cuenta de que en realidad no hace más que malgastar, y por lo tanto perder, el tiempo.

Algo por el estilo le aconteció a Fernando Pimentel la mañana en que tuvo la humorada de leer la crónica de sus haceres y decires en los capítulos que de esta verídica y ejemplar novela van publicados; y en un arranque de sinceridad no pudo menos de decirse:

“Fernando, alma mía, por lo dado hasta ahora, y si tu historia no comprende más episodios que esos que van publicados, yo creo que si hubieran quedado inéditos, ni tú hubieras perdido nada como protagonista ni el lector como tal, porque, mis palabras no te

ofendan, ¡cuidado que es poco lo que te ha pasado a ti, aun proponiéndose todos los que en tu historia han puesto mano que pasaras las *morás!*

“Para lo que luego ha venido, bien muerto estabas cuando te mató *Don Ventura*, y no valía, ciertamente la pena de resucitarte para que, más que actor, fueses espectador, de las aventuras de la Nancy, ni edificantes ni amenas, te llevaran y te trajeran de Barcelona a Zaragoza y más tarde a Madrid—resultases un tomador ingerto en chulo—ahí está lo del *pendentif* que no me dejará mentir,—y dices pretexto a unos cuantos retruécanos muy graciosos, pero que tú, por dignidad ni graciosos debes de encontrar.

“¿Dónde está el toro? ¿Dónde el torero? ¿Dónde y en qué reside el misterio del estoque? ¿Cuáles, en una palabra, son tus hazañas, por las que merezcas ascender a protagonista de novela y de novela de los pelendengues de ésta? La verdad es que todo eso parece un misterio mucho más misterioso que el propio estoque, y si el Nene eres tú, seguramente no son guindas las que te van a echar como continúes por ese camino: va a ser algo, vegetal también, pero no de la clase de frutas, sino de la de hortalizas.

“La rectificación se impone, Fernandito; hay que hacer algo, algo que sea sonado...”

Y al llegar aquí de su monólogo Pimentel se detuvo.

¡Hacer algo que fuese sonado!

¿Podía hacer ya nada que más lo fuera que morir-se y resucitar?

La verdad, difícil, muy difícil se le antojaba superarse, y hubo de convenir que el intentarlo nada más sería insensato; sólo le restaba deplorar el poco partido que había sacado de episodio tan extraordinaria-

rio y procurar por todos los medios encauzar su historia; pero antes el lector iba a permitirle que se riera su poquito de la psicología de Olimpia de Nancy, porque, evidentemente, como psicóloga se las traía la dama.

¡Cuidado que haberle robado "el estoque misterioso" para atraerle!

Decididamente, la pobre muchacha ni era "psicóloga" ni tenía sentido común. El haber nacido en Alicante, aunque de familia *suburbiana*—¿no se llaman así los nacidos en Sitjes?—casi autorizaba a suponerla un poco más inteligente; pero nada, la infeliz era tonta por dentro, pese a su fachada y a las dos docenas de "timos" en circulación con que amenizaba su charla.

De cuanto le dijera Fernando del estoque no había comprendido una palabra, pues si bien es cierto que le hablara de superstición, no fué en el sentido que ella entendió.

La preocupación del famoso torero no era en modo alguno por suponer que su suerte estaba ligada al arma toricida, sino todo lo contrario. Pimentel suponía que era la desgracia lo que le traía la "espá" que en mal hora le había proporcionado la temporada última, como una alhaja, su apoderado, nunca se ha podido averiguar con qué intención.

Claro que si Pimentel sospechaba que era el estoque ese el causante de sus derrotas, parece lo natural que lo hubiera arrinconado; pero—y aquí si que viene bien la psicología—por lo mismo que lo consideraba responsable de aquéllas, se le metió en la cabeza que con él había de triunfar, y por una superstición muy propia del oficio—todos los oficios azarosos dan pábulo a las supersticiones,—se figuró

que si lo desechaba y prescindía de él por su voluntad, lo que con él era desgracia, sin él acabaría en tragedia.

De ahí a pensar que el estoque misterioso estaba embrujado por el propietario anterior, que se oponía a que con el instrumento de sus grandes triunfos otro los alcanzara, no había más que un paso; y es muy posible que Fernando lo diera. Y una vez otorgado el poder con que había investido al difunto poseedor del estoque haciendo de éste un arma maléfica, ¿cómo negarle el de tomar terrible venganza si desdeñaba y menospreciaba la "espá"?

Como ve el lector, la cosa no es tan sencilla como en un principio parecía y de que estamos en presencia de un respetable embrollo psicológico taumáquico, se habrá percatado si es que ha tenido paciencia para llegar hasta aquí.

Ahora permítasenos que retrocedamos al punto en que hemos dejado a Pimentel riéndose lo suyo de la psicología de Olimpia.

Cansado el torero de esperar en el Bar donde le había plantado su novia, tomó el camino de su hospedaje, la verdad sea dicha, sin preocuparse gran cosa de la desaparición de la cupletista que, aparte determinados momentos, le interesaba cada vez menos, y mucho más cuando, como entonces le ocurría, se hallaba en la *digestión* de uno de esos *determinados momentos*.

Hasta dos días después nada de particular puede consignarse en esta historia; pero al tercero, a contar de la marcha de la artista suburbiana alicantina, al presentarse en el hotel el mozo de estoques de Fernando, su fiel *Fabriles*, Antonio Muñoz, *Fabriles*, con la prensa taurina en la mano, de ella,

por su color calabaceño llamó le atención de Pimentel LA FIESTA BRAVA, y entonces fué cuando se enteró de todo lo el lector conoce, si ha leído el capítulo anterior.

—Oye, Antonio—exclamó riendo a carcajadas—mira lo que cuenta este periódico de la Olimpia y de mí.

Fabriles que estaba enfundando y desenfundando chaquetillas y taleguillas, interrumpió su tarea y “se quedó de muestra” como los perros perdigueros.

—¡Figúrate!—continuó el matador alborozado—¡Olimpia se ha llevado el estoque de Don Manuel, para tenerme atado, porque estoque es el de la suerte para mí!

—¿Eso dice?—preguntó Fabriles asombrado.

—¡Con todas las letras!... Ya tú ves, si la chica es lista... ¡De una sola vez m ha librado deel estoque y de ella, es decir de todo lo que tenía “mal farío” para mí!

—Ya puede usted decirlo, mataor. Siempre he opinao lo mismo: esa mujer no le ha traído a usted más que esaboriciones y del estoque ...

—¡Valiente prenda me proporcionó don Manuel!

—Cómo que yo creo..., Dios me perdone, que ese hombre es un malange y que esa repajolera espá...

—No pensabas eso al principio...

—Oiga usted, mataor... Uno es viejo en el ofisio... Cuando usted empesó a pinchá, a pinchá, y a no cortarle un pelo a los toros..., uno, naturalmente, es... viejo en el ofisio... y ¡ha visto tantas cosas!... Los toreros cuando no están bien, siempre es, unas veces porque les persigue la negra y no les toca más que toros mansos, otras porque los públicos se les ponen en contra, otras porque los compañeros les

tiran ventajas... y la verdad suele ser otra, la verdad suele ser que no s'arriman, que les entra el *mieo*... y por eso cuando usted empresipió a echarle la culpa al estoque, me dije yo: "el mataor ya no quiere verlos" y me acabé de convencer al ver que se empeñaba en pedirme ese estoque precisamente que le traía mala suerte. Endespués, es cuando comprendí que era una ocecación de usted.

—No una obcecación... era... en fin, puede que sea eso... Pero ahora las cosas han venido a quedar, gracias a la estupidez de Olímpia, como ni en sueños podía yo pretender. El estoque ha desaparecido, sin que mi voluntad haya intervenido ni poco ni mucho en esa desaparición y no puedes figurarte el peso que me he quitado de encima.

—Pues ahora mataor, a toreá... ¡Y si se pudiera anunciar el "muerto resucitado"! ¡Es en manos de Pagés!...

—¿Pero es que tú crees que realmente me he muerto yo, Antonio?

—¡Cómo que fui yo al entierro!

—¡Acabaré por creerlo yo mismo! Y sin embargo...

—No hay embargo que valga, mataor. Usted se murió, lo enterraron, y al segundo día salió del nicho...

—Entonces, ¿quién era el que el día de mi *fallamiento* salió escapado para Reus, donde bajaron aquella señora y su hija que habían hecho el viaje hasta allí conmigo? ¿No te acuerdas?

—Sí, me acuerdo de haber visto en el mismo coche en que usted iba una señora con una polla... La señora, una jamona jamón, y la polla un guayabo, aunque iba muy arrebujaada y no lo pude ver bien.

—Pues esa jamona jamón y ese guayabo, cada una por su estilo me enloquecieron y... chico, yo creo que por ellas volví a Reus, y con ellas me hospedé en el hotel de París; que aquella noche... la jamona y yo...; y que al amanecer cuando más entretenidos nos hallábamos, se entreabrió la puerta de la habitación contigua y vimos la cabeza de la polla, que excusándose en que había oído ruido en la alcoba de su madre acudía a ver lo que pasaba y lo que vió... En fin, todo esto creo que me ha ocurrido a mí... ¿Lo habré soñado?

—Pero si usted mismo le contó al de las bombillas su muerte, su entierro, su resurrección ...

—Yo le conté un cuento.

—¿Entonces quién es el que murió en brazos de la señorita Nancy?

—¡Vaya usted a saber! ¡Habrán sido tantos!

—Hablo de muerte... mortal—puntualizó Fabriles.

—A mí debió ocurrirme algo... porque, eso sí, recuerdo que la ví y no la ví; pero morirme mortalmente, como tú dices, me parece exagerado. Además a un muerto no se le ocurre apoderarse de *pendantif* de su querida, ni salir escapado de la casa de socorro, ni volar en auto a Reus, ni rendir viaje en Zaragoza... Y todo eso ya consta que me ha pasado a mí.

—Sin embargo yo no puedo olvidar que asistí a su entierro... A no ser que ese entierro fuera...

—¡Un timo! ¡El timo del entierro!

—¡Valiente lío!... Después de todo, crea usted matador que yo me alegro... Servirle las "espás" a un muerto, aunque después resucite no me hace mucha gracia...

—Para mí, todo esto son cosas de los periodistas. ¡Dónde se meten lo enredan todo!

—Mataor, a mí me parece que el que lo ha enredado todo ha sido usted, usted venía a toreá a Barcelona y...

—Toreé en Reus, dos días seguidos y en Zaragoza al tercero...

—Está bien; pero si no entierran a alguien en Barcelona ¿qué habría pasao?

—¡La caraba!

—¡Qué todos estábamos presos a estas horas!

—Pues no hay que averiguar más: yo me he muerto, he resucitado, me he librado del estoque misterioso y de la pelmaza de la Olimpia, y ahora ¡al toro que es una mona!

—¡Si quisiera Dios que el estoque ese fuera a para a manos del *Niño de la Peponal*! ¡Esa sí que sería jugá!

—Pero es que tú crees que ese mequetrefe me hace sombra a mí?—preguntó Fernando con aire jaque.

—Los públicos están con él—respondió Fabriles melancólicamente.

—Hasta que yo lo vuelva a meter todo, que será el domingo en Madrid.

Ahora mismo le vas a poner un telegrama a don Manuel, para que vaya y le diga a Retamar que me ponga en el cartel del domingo con ese nene. ¡A ver qué pasá y si se acaban los infundios!

—¡Dios le oiga a usted, mataor!

Si le oyó Dios o no le oyó, se sabrá en el próximo capítulo.

CAPITULO VII

A Roma por todo



epa la Frescachona, la viuda alegre, Margarita la Tanagra y las bravías de este jaez eran, comparadas con Olimpia de Nancy, la tonta del bote.

Para la desenfadada cupletista lo interesante era la tela del infelizote de Pimentel.

Ya podía éste torear por lo fino los toros de puntas. Soltaba ella la carcajada, y coquetuela, le daba mal de amores con el tambor de granaderos y el húsar, a tal punto que los pícaros celos transformaron a nuestro Pepe Gallardo en el pobre Valbuena o el loco Dios.

¡El pollo Tejada convertido en el chico de la portera!...

Sus triunfos en el ruedo, aureolados por la buena sombra que antaño le seguía en cuantas plazas to-reaba, derrumbóse cual si le tocara una ráfaga del terremoto de la Martinica. La mala sombra cernióse sobre él.

El mismo demonio proporcionaba a la bruja Nancy los maleficios, servido por Orfeo en los infiernos.

—¡Qué hombre tan simpático!—dijose la nueva Urganda la desconocida.

Y Serafín el Pinturero, digo, Pimentel, parmó.

Para huir de la garra de Margarita la Tornera, digo, Olimpia de Nancy, dedicóse Pimentel a came-lar a Rosario la Cortijera, cansada del Niño de Oro, del que huyó como de la peste de Otranto.

Dieron la vuelta al mundo, despreciando Pimentel un suculento contrato para Méjico.

De esta especie de viaje a la Luna sacó un capitu-lero anterior la muerte del famoso espada.

La verdad de la mentira se llama esta figura... re-tórica.

Lleyaba Rosario, cultivadora del arte de ser bo-nita, la muerte en los labios. De modo que nuestro héroe iba de Cádiz al Puerto, manejado por la gol-femia, como los chicos de la escuela.

Los arrumacos y caricias de su nueva compañera, tal que la chica del gato parecía, ablandaron por múltiple vez a nuestro don Juan Tenorio de cartu-lina.

Al, fin, la carne flaca.

Fugaces como el rayo veníanle a la mente recuer-dos lejanos, de cuando era el capricho de las damas. Aquella casita blanca, aquella reja de la Dolores, donde floreciera el puñao de rosas de que le hiciera ofrenda la noche del sábado!...

—El mundo comedia es—filosofaba el mozo crúo.
—La vida es oro, plata, cobre y... nada. ¡Y hay quien asegura que es la balsa de aceite!

Siguieron su rumbo los enamorados, visitando la isla de San Balandrán, la isla de Liliput, dando más vueltas que los sobrinos del capitán Grant.

Lo cursi del ayuntamiento de Rosario y Pimentel no se sabe si era o locura o santidad.

Los chorros del oro era el cuerpo juncal de la reina mora, como Pimentel bautizóla en un arranque de inspiración amorosa.

Pronto acabó el idilio.

Al cosechero de Arganda, pariente próximo de ella, enterado de los amores y amoríos de la sobrina del cura, hermano de aquél, cogiéronle las de Caín y las flores que le dirigió en una misiva ya se comprenderá que eran cardos envenenados.

En el patio o patinillo — vulgo “hall” — del hotel se hallaban los dos pilletes—así les calificaba el tío de Alcalá—lo de Arganda y Alcalá todavía no se ha puesto en claro—y protestaron de la mala ley del parentesco que así les imponía la vuelta al redil.

Llegó Pimentel a la ciudad alegre y confiada, donde tenía los intereses creados por su valentía y arte ante los toros, hallándose de sopetón con el chico de las Peñuelas. Preguntóle por el padrino del nene, fruto,—el nene, naturalmente—naturalísimo de sus escauceos con Luisa la Perchelera, a la que conoció viendo los cadetes de la reina y de la que se prendó como un cadete.

¿Y Rosario? preguntaréis.

Volandera, caprichosa, quedóse allende los mares con los cómicos de la legua que formaban una

compañía trashumante, algo así como las golondrinas de la farándula.

Las canas de don Juan, el empresario, y los billetes de su cartera, todo hay que decirlo, la decidieron a no volver a la patria chica y explotar, otra princesa del dolar, la nueva mina que había descubierto

¿Mataron a Pimentel? Pues con el mismo derecho elimino yo a Rosario, y no se me tildé de Raffles escamoteador o de vil verdugo de Sevilla.

Pimentel—¿dónde he dejado a Pimentel?—¡ Ah, sí! En el país de las hadas, en contacto con las musas latinas—la certeza de si eran latinas o sajonas (no confundirlo con zajones) no se ha solventado—y de palique con el chico del cafetín, que era la alegría de la huerta murciana, en donde naciera.

Enteróse Pimentel de que Olimpia, en sus andanzas amorosas, había ido ya del Rastro a Maravillas, halló en el campo al bandido de la sierra y exclamó ante su arrogancia:

—¡ Este es mi hombre!

Pero esta vez se encontró con la horma de su zapato. Don Quintín el Amargao y Jaime el Barbudo eran los zangolotinos comparados con el nuevo capricho de Olimpia.

Por aquellas sierras imperaba la leyenda del monje y las campanadas de las iglesias advertían a los fieles del peligro de los aparecidos en noches que rugía la tempestad.

Pudo escapar Olimpia de las uñas del gato montés gracias a los calabreses, dedicados al contrabando, y al lego de San Pablo, compadecidos del martirio de la dama.

Manantial que no se agota era el corazón de Olim-



pia. Siguió, pues, sus andanzas hasta confraternizar con los borrachos, los puritanos, los granujas, los galeotes, bohemios, todos los miserables que adoran el sol de la humanidad.

Reverenciábanla como a Genoveva de Brabante los perros del monte de San Bernardo.

El loco de la guardilla, la loca de la casa y doña Juana la Loca no sintieron el torbellino de Olimpia, que parecía tener en la cabeza los molinos de viento que desafiara don Quijote en su célebre aventura.

Quiere decir que Olimpia entraba en el ocaso de sus amores. ¡Quién había de sospechar que la que pudo un día decir "Son mis amores reales" era la pasionaria del poeta y creyéndose la Dama de las Camelias descendía a la moza de mulas!

Determinóse a dar el salto del pasiego y plantóse en la corte. De Madrid al cielo, pasando por la Granvía, ya abierta.

Contempló extasiada los diamantes de la corona de la reina joven expuestos en el escaparate de una joyería.

—De mala raza soy, flor de un día fui—dijose al contemplarse en la luna—del escaparate, claro—y reinar después de morir hubiera podido de seguir camino adelante. A espaldas de la ley he vivido, entregada a la orgía y al vicio; debo eliminarme.

¡Vida alegre y muerte triste!

Olimpia se suicidó tomando el veneno del tango y cayó en el seno de la muerte.

CAPITULO VIII

Donde se relata el triunfo de Pimentel y la aparición del nene de las guindas



olvía inconsciente, una tras otra las páginas del periódico que medio abandonado tenía sobre las rodillas; con esta displicencia propia del que se aburre o no tiene cosa mayor que impresione sus neuronas.

Encendió un Muraty con hastío y abandono de hombre agotado, por esa lucha de azarosa vida, de desorden y sin freno, llena de altas y bajas; hoy en franca subida por la prestancia y significación que le daba esta su nueva fase, de "As" del toreo. Un estado de subconsciente le atraía, le subyugaba; y hacía esfuerzos para alejar de su mente los episodios que de su vida de maleta, de torerillo de capea, de nómada errante por esas carreteras andaluzas y castellanas

llenas de polvo que ciega y de sol que abrasa y aqui-
lota hasta levantar ampollas; de lucha continua y
dantesca, llena de fatigas y sinsabores, de hambres y
traumas, que él, Fernando Pimentel, el hoy festejado
y por las empresas solicitado, astro de la Tauro-
maquia, había sufrido quizá más que ninguno.

Enfundado en un sedero pijama color crema, con
rayas azules; dejaba vagar el pensamiento que en
desenfrenada y veloz carrera salvaba distancias inve-
rosímiles. De pronto se quedó mirando con interés
la cabecera de una titular del periódico, que medio
abandonado había rodado por el suelo. Leyó con avi-
dez *"A la salida de los toros una mujer se avalan-
sa al coche de Pimentel increpándolo"*... ..

... ..
la cosa ha sido comentada en todas las peñas tauri-
nas, entre las cuales es discutida con verdadera frui-
ción e interés. Se comprende, el triunfador espada
Pimentel después del resonante éxito de esta tarde
es el hombre más popular de España."

* Rápido y nervioso se puso en pie estrujó el perió-
dico y llamó.

—¡Fabriles!

—Mataor, que sofrece; dijo el fiel y servicial mo-
zo de estoques, entrando.

—¿Tú estás seguro de que Olimpia dejó de exis-
tir, intoxicada por el veneno del tango y que luego
cayó en el seno de la muerte? No vayamos luego a
tener la segunda resurrección, y tengamos que re-
petir lo del Tenorio "los muertos que vos matáis
gozan de buena salud."

—¡Por esas! y cruzó los dos pulgares, que llevó
presto a los labios. Contómelo con toda clase de pe-
los y señales ese bombillero que en Barcelona cargó

con ella, cuando se marchó huida llevándose el mal-dito estoque misterioso.

—Oye y apropósito del estoque. ¿Tú has visto Fabriles como libre de esta arma con jettatura, he vuelto a ser el Pimentel de los escándalos, el “as” de la baraja, el que da cada baño que tumba?

—Que lo diga sinó Currito Pencas, que esta tarde ha quedao, calao y como el Gallo... de Morón; sin plumas y cacareando.

—Bien, bien, ha queao usté mataor en la lidia y muerte de esta corrida de Graciliano P. Tabernero que Retamar le tenía preparada hacía tanto tiempo. La plaza se vino abajo después de la muerte de aquel quinto toro, aquel cárdeno, alto de agujas, duro pegajoso, de poder y con más pitones que el marido de la Nancy y con más años que registros un misal. Quedó usté en él como las propias rosas, estuvo usté sublime. ¡Vaya un toro bien toreado y bien matado! Cualquier descuido llevaba aparejada la cogida y la cornada consiguiente, cualquier duda en la brega, era el fracaso; había que torearlo a ley, consentirlo y no torear de camama, y usté consciente de su misión y más valiente y bravo que un jabato lo toreó por verónicas por el lado izquierdo que arrancaron los ¡olé! primeros de aquella serie interminable de lances hasta que las mulillas se llevaron al imponente “Ciclón”—que tal era el nombre del bicho que reseñamos—, y *aluego* en los quites... ¡colosal!; y *endespúes* con la muleta *liá* en la zurda, haciéndose pasar *too* er toro por la faja, una, dos,... veinte veces, mientras los espectadores se gorvían locos y afónicos de tanto *aplaudí* y *gritá*; viendo tanto dominio, *temple*, mando, valentía y arte en aquella ligada faena de muleta, que allí *queó* grabá en letras de oro *per*

in secula seculorum que diría el crítico de "LA PEZUÑA TAURINA DE VILATORTA"; para luego y a un palmo de la cara, perfilarse sobre el pitón izquierdo, volcarse sobre el morrillo, salir rozando todo el costillar después de haber introducido *too* el estoque suavemente y despacio, saliendo de sus manos la res *roá* y sin puntilla con las cuatro patas por el aire

—¡Bravo, Fabriles! los has descrito como el mejor crítico pudiera hacerlo.

—La apoteosis fué una cosa inenarrable, magnífica; pañuelos, sombreros de ambos sexos, peinetas, cigarrros—pocos—flores, abanicos, una liga y hasta un... sostenedor... En fin, el delirio, el acabose, una locura, una tarde *reonda* y que ha puesto de nuevo *ar mataó* en la cumbre.

—Solo me preocupa y empaña esta tarde triunfal, Fabriles, el suceso de la calle de Alcalá...

—¡Calle y no diga *ma mataó*, que a mi me pareció que la *gachí* que nos iba a *dá er mitin*, no era otra que la Ar...

Pimentel, rápido no le dejó terminar. Presto puso la mano delante la boca del mozo de estoques. Y el nombre quedó ahogado en la mano de Pimentel.

—Vé, avisa al *Colmao de Sergio* que dispongan para esta noche el cuadro flamenco; quiero ahogar en manzanilla los gritos sordos de la conciencia y celebrar el triunfo de esta tarde. Búscame un taxi y luego me avisarás.

Al quedarse de nuevo solo, el triunfador de aquella memorable tarde, se ensimismó y recluyó en el obsesionante y atormentante pasado, que en aquellos momentos se le aparecía torturador heraldo de malas nuevas, le obsesionaba cual "MANE THECELPHARES" del festín de Baltasar.



.....se quedó mirando con interés la cabecera de una titular del periódico, que medio abandonado había rodado por el suelo

Las cintas de una cinemadrama de la *Paramount films* o del *Repertorio de Miguel*, le parecían del *Pathe Baby*, comparadas con la que vivió él en aquellos instantes de soledad... veía las gabillas de dorada mies que él transformó en lecho fecundo donde la virgen inocente de aquellas altiplanicies se le entregara llena de amorosa pasión, después de curarle tierna y amante, la herida recibida en la capea del lugar,, en la feria pueblerina del ignorado pueblecito de la sierra andaluza. Recordó, como tierna, asustada y amorosa; la débil y ubérrima virgen lugareña, que él tronchara durante aquellos fecundos idilios—ya algún tanto lejanos—suspiraba anhelante entre sus nervudos brazos de macho joven y potente.

Las siete letras de aquel sonoro nombre que tantas veces pronunciara arrobado y que el torbellino de una vida turbulenta y complicada, primero de novillero puntero y luego de matador de toros que en rápida y veloz carrera se encumbra, le habían hecho olvidar.

Por la turbada imaginación de Pimentel, hombre curtido y bragado en las luchas propias de su profesión, pasó una fecha, un nombre y una promesa, que cobarde y voluble no había cumplido.

Y ahora, acusadora, cruel y lacerante a la hora precisa del triunfo definitivo y rotundo, se le aparecía cual incurable lesión orgánica o espada de Damocles, torturante como sombra del pasado.

Fernando Pimentel, no podía ser feliz; su pasado, se suspendía sobre su conciencia mutilando su espíritu de rebelde, de aventurero y de hombre que se creía libre.

Vió y recordó aquel atardecer, jalón de una efemérides, que hoy las circunstancias, con desesperante

realidad, se obstinaba en pasarla por su mente restándole sosiego y tranquilidad en ese día de triunfo apoteósico y grande.

Recordó aquel crepúsculo vespertino, que la noche con sus sombras iba borrando las bellas y alegres siluetas de las verdes vegas, tapizadas de mullido césped y salpicado de florecillas silvestres, que humildes y con sus aromas fragantes enervaban el espíritu y los instintos genésicos; aumentando las ansias de vivir e inyectaban en las vísceras de la amorosa pareja el principio vital que inútilmente buscara Brown-Sequard y que Woronoff en recientes experiencia de injertos glandulares quiere reponer.

Recordó que al pisar aquel Edén campesino se sintió rejuvenecido, potente y pletórico; con ansias locas de luchar, gozar de la vida y triunfar.

Recordó y aun le pareció oír el monótono y lejano esquilón de la piara de reses bravas, que en la lejanía se oía como música wagneriana nocturna que invitaba a vagar por las vastas y remotas regiones del ensueño; barajando, la placidez sedante del verde campo, la soledad campesina, el bullicio de la fiesta de los toros—que el esquilón lejano, rememoraba con su monótono sonar.

Recordó con erótica complacencia aquella remota y nunca olvidada noche campesina en la que la bella zagala, la virgen lugareña, le ofrendara en el lecho ubérrimo de la naturaleza y bajo el cielo constelado de azulada noche del campo andaluz las primicias de alabastrinas y satinadas carnes vibrantes de pasión y de placeres no soñados.

—Qué dicha, qué placer,—amor mío, como gozamos en esta soledad; alejados del atosigante torbellino de la urbe desconcertante y complicada.

—Calla, no levantes la voz, podrían oírnos y robarnos estas horas de vida y de placer.

—¿Quién? Acaso estos gañanes que sin ambiciones y resignados guardaban esas reses que van hacer célebre...

—No me los mientes. No me los recuerdes en esta noche de placer y dicha, pues me da el corazón que ellos me van a robar tu cariño...

El remordimiento cerniéndose más persistente sobre su conciencia de bellaco... pensó, como sin entrañas, la abandonó en plena gestación, saltándose a la torera todos los juramentos y promesas... se amoddarró de nuevo y en lucha interna de rebelde e inadaptado se puso nervioso por la tardanza de Fabriles.

Llegó por fin el mozo de estoques y salieron.

Les esperaba en la puerta un auto, que en veloz carrera les llevó al Colmado de Sergio, donde en aquellarre y promiscuidad tenebrosa se proponía Fernando Pimentel en zambra nocturna de mujeres, manzanilla, cante, baile y tabaco, acallar los gritos de la conciencia que en torturante griterío le recordaban su inconfesable pasado.

El cuadro flamenco, no podía ser ni más lamentable, ni lo podían integrar seres más originales y lastimosos, repulsivos y que mostraran más fehacientes estigmas de lesiones patológicas con que pagaban a la naturaleza su vida y milagros. Cajal, Testut y Calleja habrían hallado allí vasto campo para sus experimentos y remate de su obra cumbre.

Integraban dicho cuadro; la *Canona*, el *Apéndice*, el *Tibia* y el *Peroné*. Eran todo un curso de anatomía patológica andante unida al pentágrama, al que inferían cada *bajonazo* que ponía la epidermis granulosa, tal era la de bultitos que aparecían en la

misma, cuando el *Peroné* le daba a el *Tibia* para que con la idem sujetara a la *Canona* que se deshacía en epileptiformes contorsiones de coleoptero halmíntico amoestrado.

El *Apéndice*, era un sujeto hilariante y mutilado por luética lesión que con cruel saña le devastó la nariz dejándosela como un merengue aplastado. Cantaba, mejor dicho, daba o emitía unos sonidos guturales, tan estridentes y con un deje tan molesto para la trompa de Eustaquio y tímpano de los que se veían obligados a oírle; que para tolerárle había que ponerse sordina en los oídos.

La *Canona*, flamenca *congénita*, *menopáusica estrábica* del izquierdo y con unas morbideces aterradoras y *elefantisíacas*; producto de una degeneración grasosa que le abultaba de una manera exagerada mamas y muslos por la cantidad enorme de tejido *adipósico* que los cubría, dándole el aspecto de la mujer cañón o de montaña de manteca. Era la bailadora; y a pesar de sus exageradas proporciones de grasa almacenada se contorsionaba y desconyuntaba de manera tan fantástica y dantesca, que parecía tinaja de gelatina en oleaje borrascoso.

El *Tibia*, un verdadero capricho de Goya con cara de batracio y columna vertebral en anquilosis perpetua por voluntaria inmovilización. Dábale al tablado con un junquillo llevando el ritmo del cantaor.

Y por último, El *Peroné*, tocaor per sé, lo llevaba plasmado en el caudal hemático, hacía arpegios inverosímiles, apocalípticos, sus cuerdas vocales eran guititas de arpa vieja, sonaban como la caja de un tambor o la campana de estación de vía estrecha. Era todo un fenómeno, todo un tipo, tipo de momia



Entró la solicitanta..... Levaba cogido de la mano un hermoso niño de unos cinco años

egipcia de Mr. Carnabon, con más lunares que el traje de Tut-Aud-Kamen.

Al llegar los anfitriones con Pimentel a la cabeza, la cuadrilla descrita rompió en dantesca zambra, era el vermouthe de la noche... la reunión empezó a animarse, la manzanilla dorada de *González Bias*, "*El tío Pepe*", "*La Celada*" y demás alcoholes enervantes y mareantes, salían en chorros, en cascadas imponentes humedeciendo aquellas insaciables fauces de furias del cante jondo y de la alegría a tasa. La atmósfera se caldeaba por instantes, el zumo de la uva andaluza y el humo de la solanácea ardiente pusieron la habitación como para marcharse, las voluntades empezaron a ofuscarse, el *Yo* hacia rato que había desaparecido como avergonzado...

—*A la pa e Dió, señores*; dijo un camarero entrando.

—*Con su permiso. Ahí ar lao, está una gachí con un churumbelillo que yama ar zeñó Pimenté.*

—Que pase en seguida esta señora, aquí queremos muchas señoras; traile un *chato* y que beba. Adelante.

Entró la solicitante. Una mujer joven todavía, ataviada pobremente al estilo del campo andaluz y muy bella. Llevaba cogido de la mano un hermoso niño de unos cinco años.

—¡¡ARACELI!! ¿Cómo te atrevistes? Vomitó más que dijo el ya mareado Pimentel.

—Llegó para mí la hora de decir las verdades, ¡¡Granuja!! ¡¡Mal hombre!! ¡¡Canalla!! Ahí tienes a tu cachorro. Mirad al nene, ese hijo del "NENE", del triunfador de esta tarde y al que su madre trae aquí para vergüenza de Fernando Pimentel.

—Ahora me voy; ¡Borracho! me das asco... y si

quieres, puedes *echarle guindas al nene*, de esas que tú en tus francachelas tiras... y que él no puede comer, pero que desprecia, como su madre desprecia al salteador de zagalas...

Desaparecieron.

DOCTOR VESALIO

CAPITULO IX

El crimen de la calle del Conde del Asalto



RA de noche. Y llovía, al igual que en el capítulo aquel de la famosa novela, que hizo furor en los tiempos, un poco lejanos ¡ay! de mi querido y admirado "*Uno al Sesgo*".

Huyendo de la lluvia, Carlos Giner, el exquisito dibujante y yo, nos habíamos guarecido en el "Edén Concert". Allí, en un rinconcito del "foyer" amable y coquetón, habíamos pasado parte de la tarde, planeando un viaje a Alemania y diciéndoles cuatro chicoleos inofensivos por lo infantiles, a tres o cuatro lindas muchachas del elenco, que se habían acercado, a nuestra mesa con el propósito de la consabida e inevitable consumación...

Y ya muy próximas a sonar las ocho, salimos del Edén en dirección a las Ramblas.

La noche era fría, triste, húmeda, desapacible. Una noche de invierno barcelonés, de esas como para dejar en ridículo a la Atracción de forasteros.

Había cesado de llover, pero soplaban un viento tan helado y tan violento que dijérase venía facturado del mismísimo Moncayo, para que lo reexpidiera a Barcelona, su hijo menor el simpático y alegre Tibidabo.

Cruzamos Carlos Giner y yo las Ramblas, ateridos y rápidos.

—¿Dónde vamos?

—¿Quieres que cenemos juntos?

—¿Vamos a casa de Juan?

—¡Vamos!

Hacia el popularísimo restaurant de la Rambla de Santa Mónica nos dirigimos cuando al llegar a la Plaza del Teatro, una voz repitió nuestros nombres, varias veces.

—¡Giner! ¡Oliveros!...

Era Paco Madrid, que salía del Principal Palace y que venía hacia nosotros, precipitadamente.

—¿No sabéis lo que ocurre? Preguntó Paco, rápida y nerviosamente.

—¿Sangre en Atarazanas? repitió Giner jovialmente.

—Sí, eso es precisamente. Sangre en Atarazanas;— respondió Paquito Madrid y añadió en tono confidencial:—Se acaba de descubrir un espantoso crimen en la calle de Conde del Asalto. Se trata de un asunto misterioso. Yo voy hacia allí ahora mismo. ¿Me acompañáis? Es en una casa un poco más arriba de la fuente. Vamos, vamos, no perdamos tiempo.

Y salió andando.



*Frente a la casa del crimen se hallaba estacionada
una enorme multitud*

Le seguimos, después de echar una mirada leve a casa de Juan.

Carlos Giner, puso una apostilla a la escena:

—¡Y luego dicen que los periodistas nos divertimos mucho!

.....

Frente a la casa del crimen se hallaba estacionada una enorme multitud.

Los guardias de seguridad a caballo subidos en la acera contenían la avalancha humana que pugnaba por llegar a la puerta.

Los tranvías de Casa Antúnez, no podían pasar. Toda la enorme circulación de la estrecha y populosa calle del Conde del Asalto se hallaba sin poder transitar. La aglomeración de curiosos, sus comentarios; los chillidos de los conductores de los tranvías, coches, carros y automóviles, las voces de los guardias, que en vano intentaban poner orden e imponerse ante aquella horrible algarabía, formaban un conjunto pintoresco e inenarrable.

Inútilmente pretendíamos atravesar la calle.

—¡Que somos periodistas!—gritábamos, autoritariamente.

Y exhibíamos nuestros carnets de todas las entidades periodísticas a que pertenecemos.

El público que nos redeaba sonreía irónico. Los guardias, se encogían de hombros, ante la imposibi-

lidad de prestarnos el concurso que de ellos solicitábamos.

A codazo limpio logramos avanzar unos cuantos metros.

Junto a la puerta de una casa próxima a la del crimen, la portera comentaba:

—Dicen que hay varios muertos.

—Todavía no ha venido el juzgado de guardia.

El camarero de un bar añadía:

—Yo les vi entrar esta madrugada.

—¿A los muertos? interrogó Paquito Madrid, un poco asustado.

El camarero rectificó:

—No hombre, a los muertos no; quise decir a los que figuran como *protagonistas*, de esta tragedia. Lo del *protagonista*, nos dió ánimo para avanzar un poco más.

Nuevos codazos y ¡adelante!...

Ya estábamos a pocos metros de la casa del crimen. Luis Angulo, Aldaz, Carranza, Bono y otros queridos compañeros, pretendían, también como nosotros acercarse a la *Maison* misteriosa.

Carlos Giner, repetía sin cesar:—¿A qué hora cenaremos esta noche? Lástima de callos a la andaluza que nos estamos perdiendo...

Paco Madrid, le contestaba siempre secamente:

—¿Y nuestro deber profesional?

Un suceso fortuito y absolutamente atmosférico vino en nuestro auxilio.

Como la noche estaba metida en agua,—según hemos dicho;—de improviso, la Providencia, madre y señora de los informadores, vino en nuestra ayuda en forma de aguacero.

Primero, la luz cárdena de un relámpago iluminó

la calle. Resonó un trueno espantoso. Y empezó a llover, con tal intensidad y tal violencia que en menos de un segundo, la multitud, allí estacionada, se disolvió como puede disolverse un inofensivo azucarillo en un cubo de agua.

Aprovechamos la huida del público para salvar la distancia que nos separaba del portal de la casa del crimen, que impertérritos e imperturbables seguían custodiando sable en mano los agentes de la autoridad.

Soportando el aguacero les indicamos la necesidad de subir al piso donde se había desarrollado la tragedia. ¡Imposible!

Tenían órdenes terminantes para impedirlo.

La llegada del juzgado en funciones de guardia nos sacó del atolladero. El juez benévolo y complaciente nos permitió la entrada.

Varios compañeros inmediatamente redactaron ya la noticia dedicada a esta galantería del alto funcionario judicial.

“El digno juez de guardia, tuvo para los periodistas deferencias que muy de veras agradecemos etc.”

.....

Penetramos, ¿por qué no decirlo? un poco azorados y temerosos en la estancia donde se había desarrollado la tragedia.

Primero visitamos, atropelladamente el comedor.

De una de las paredes colgaba la cabeza disecada de un toro.

Alguien dijo en tono confidencial:

—Fijarse en esa cabeza. ¿Verdad que tiene un gran parecido con aquel barítono de zarzuela amigo de López?

De no hallarnos "en funciones" y de no estar allí para un asunto de tanta gravedad y trascendencia, como el que relatamos, las carcajadas se hubieran oído en la Barceloneta.

Callamos y proseguimos nuestra labor.

Entramos en otras habitaciones. Nada anormal parecía indicar la tragedia.

De improviso se abrieron las puertas de un lujoso saloncito. En el fondo se veía una alcoba y más allá una puerta entreabierta que daba al cuarto de baño. Lo que vieron nuestros ojos no es para descrito. Espanta sólo pensarlo. Horroriza sólo recordarlo.

En el saloncito, junto a un armario de luna, dos cabezas separadas de sus troncos respectivos, con los ojos abiertos, clamando venganza.

Los cuerpos de estas cabezas, yacían cerca del balcón, entreabierto.

Un reguero de sangre manchaba la alfombra. Las paredes, también salpicadas de sangre, daban a la estancia un aspecto espantosamente trágico.

En la luna del armario las huellas de dos manos sangrientas, causaban el efecto de que alguien, ya herido, había intentado coger la luna con las manos...

En la alcoba el espectáculo era todavía, más repugnante y más temible.

Una mujer desnuda yacía sobre la cama. Tenía una puñalada en el pecho izquierdo. La mujer era

bella y era joven. Sus formas correctas. La piel blanca. Su nariz un poco respingona.

Alguien puso este ligero comentario a la vista de la bella chatilla:

—Las chatas, aunque lo demuestran...

Próximo al cadáver de la bella desconocida un hombre también muerto y en posición de cúbito supino. Tenía clavado un estoque, de los que usan los matadores de toros, en el mismísimo cogote.

Aquel hombre había sido descabellado a pulso.

Todavía nos internamos en el cuarto de baño.

La estufa humeaba todavía. Ello probaba que se había utilizado hacía pocas horas.

Unos quejidos lastimeros llamaron de improviso nuestra atención.

Del interior de la estufa partían, quejas, lamentos, ayes conmovedores.

Sentimos un gran escalofrío y nos acercamos a la estufa. Abrimos la puertecilla de latón, retrocedimos asustados, locos de espanto.

A nuestros pies cayó una masa negra que se retorció en contorsiones agénicas.

Nos serenamos. Era un gato, un gato negro que había permanecido allí asfixiándose horas enteras.

El gato abrió la boca desesperadamente y estiró las patas.

Luis Angulo exclamó:

—Pues señor, aquí ha muerto hasta el gato.

Mientras el juzgado se encerró en el comedor con varios vecinos de la casa y con la portera, para tomarles declaración; los periodistas escuchaban impacientes.

La portera decía:

—Este piso lo tomó una señorita francesa que se llamaba Olimpia. Recibía aquí a sus amistades ¿Sabe usted, señor Juez?... Yo no la he visto hace ya más de un mes, me dijeron que había muerto en Madrid, pero yo no lo creí. Era muy guapa y buena la señorita Olimpia para morir así tan de repente.

El juez interrogó en voz baja que no llegaron sus palabras hasta nosotros.

La portera con su voz chillona, respondió:

—Sí, he visto los cadáveres pero no conozco a ninguno. Como no estoy acostumbrada a ver cabezas sueltas...

—¿Y la señora que aparece muerta en la cama?

—Ha dicho el chico del bar que es una cantadora flamenca, pero yo no la conozco.

—¿Y el hombre que está a su lado, con el estoque clavado en el cogote?

—Como está de espaldas tampoco sé quien es.

—¿Las llaves del piso quién las tenía?

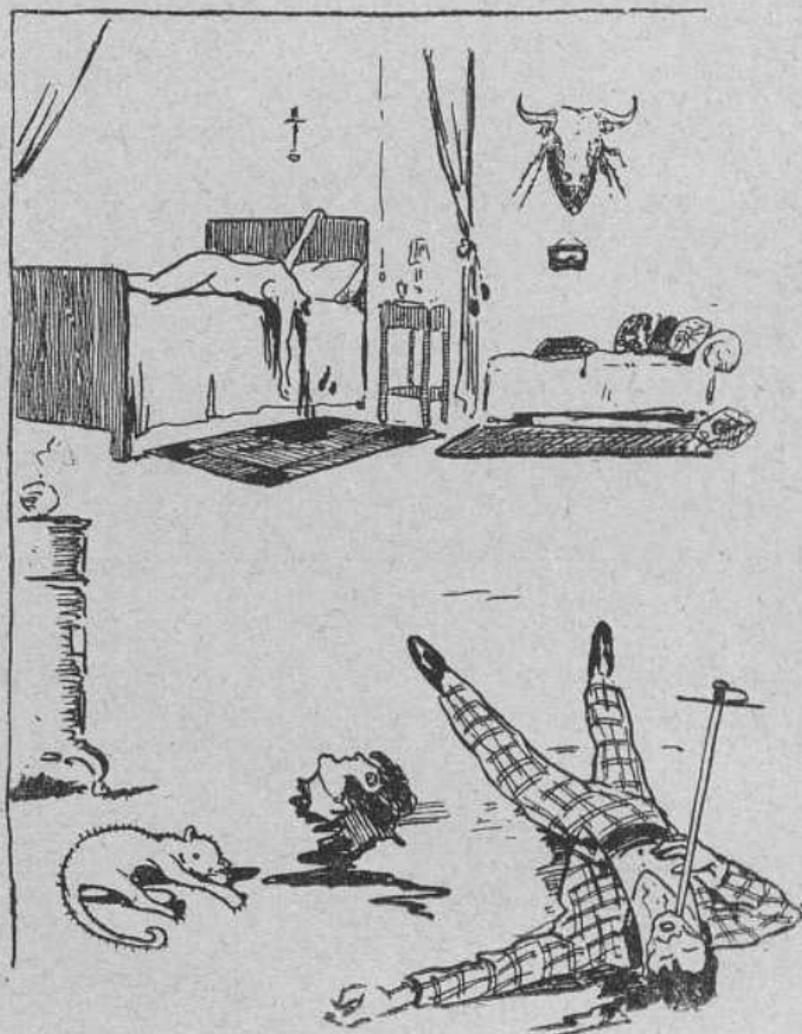
—La señorita Olimpia.

—Está bien, escriba Vd...

Y el juez volvió la cara hacia el joven que le acompañaba y que se había sentado en una esquina de la mesa del comedor, poniendo precisamente sobre ella un papel sellado.

—Escriba Vd., repitió autoritario el funcionario judicial.

Y como no obedeciera sus órdenes, se incorporó el juez y fué hacia el actuario.



Una mujer desnuda yacía... decapitada sobre la cama

—¡Casas! ¡Casas!—gritó repetidamente.

Casas permaneció inmóvil. El médico forense que acompañaba al juzgado le reconoció.

Había dejado de existir.

El juez gritó

—Vamos al Palacio de Justicia, porque sino en esta casa va a perecer hasta el alguacil.

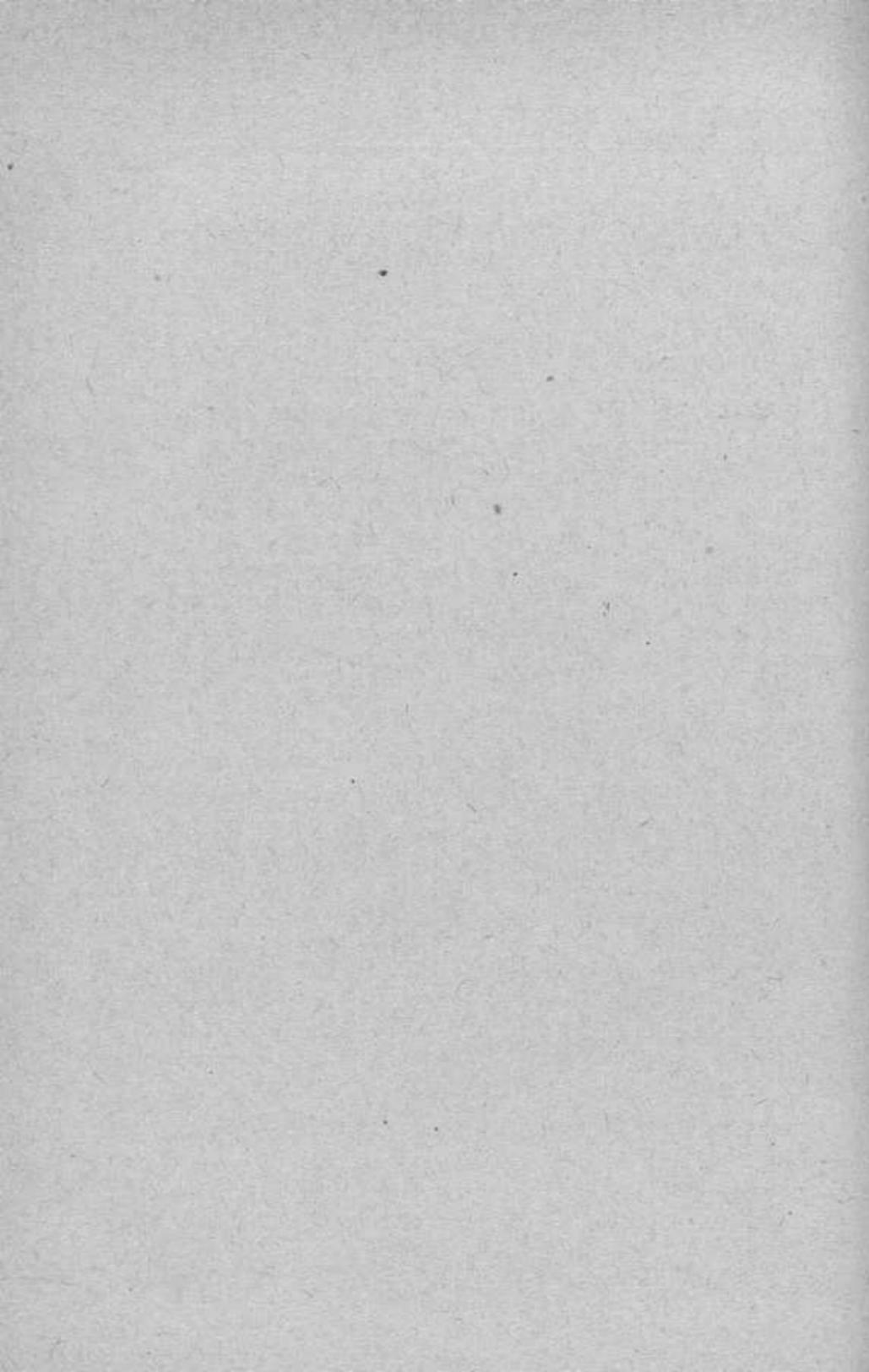
Y salió del comedor tan precipitadamente que los periodistas, apenas tuvieron tiempo de ponerse a salvo y correr hacia sus respectivas redacciones.

El suceso era de los misteriosos de verdad.

A las cuatro de la madrugada, cuando Carlos Giner y yo llegamos a casa Juan, una vez terminada nuestra labor, nos dieron la fatal noticia:

¡Se habían acabado los callos a la andaluza!

ARMANDO OLIVEROS



CAPITULO X

Empiezan a disiparse las sombras del misterio del crimen de la calle del Conde del Asalto



El auto paró ante el palacio del Salón de San Juan. El Juez bajó precipitadamente del vehículo y salvó en tres zancadas las escaleras del edificio. Ya en su despacho sentóse ante la mesa de trabajo, encendió su pipa, alisóse el peinado, alborotado por las emociones de la noche, y se puso a pensar...

En su ya dilatada vida judicial no se había visto ante un suceso de tanto misterio.

¿Quién era ella? ¿Quién era él? ¿Quién, y porqué, había metido el gato en la estufa? ¿Qué insondable misterio encerraba aquella repentina muerte del secretario Julián Casas? Complicado se presentaba el asunto. De repente el Juez soltó un taco y se puso

en pie, oprimió el botón de un timbre. Un ordenanza apareció en la puerta.

—Pronto, avisa a Mondóñez.

Desapareció el ordenanza. Al poco rato llamaban al despacho del Juez.

—¡Adelante!

—A su disposición, Sr. Juez.

Entró Mondóñez.

—Pronto, Casas ha sucumbido víctima de su deber. Acompañeme usted en funciones de secretario.

Mondóñez se inclinó disciplinado, y siguió al Juez que, nervioso y precipitado, abandonó su despacho.

Ordenó al chófer:

—A la casa del crimen, otra vez.

Empezaba a clarear. La lluvia se hacía más menuda. Cesaba la tormenta. Renacía la calma. El chófer enfiló el coche por Bellas Artes, siguió por el Paseo de Colón, atravesó la Puerta de la Paz; por las murallas del cuartel de Atarazanas alcanzó el Paralelo, hasta ganar la calle del Conde del Asalto. A los dos minutos justos de marcha, el coche se detuvo ante la casa del crimen.

En aquellos momentos el chico del *Bar* servía a los guardias un *sigalón* de *ron*. La presencia del Juez cortó aquella legítima expansión de los agentes del Orden, que, azorados, volvieron a montar la guardia.

El Juez franqueó nuevamente la puerta del piso, teatro de aquella horripilante tragedia. Allí, en el comedor, seguía Casas, inmovible, sentado en la silla, acodado en la mesa ante una resma de papel sellado. Nadie podía sospechar que aquel hombre era un cadáver; cualquiera hubiera creído ante aquel quietísimo que Casas estaba "posando" para un retrato de larga exposición.

Ante su malogrado compañero de profesión palió Mondóñez.

El Juez, seguido de su secretario, penetró en el saloncillo. Junto al armario seguían las cabezas clavándole sus miradas siniestras. El Juez sentóse en un *canapé*; Mondóñez, sobrecogido de espanto, no se atrevía a avanzar.

Largo rato permaneció el juez tratando de desentrañar aquel misterio. A pesar de que los primeros rayos de sol entraban por el balcón todo eran sombras en aquel suceso. Nada decían aquellas manchas de la alfombra... Nada decían aquellas cabezas cortadas a cercén.

Los ojos del Juez se pasearon largamente del armario a los cuerpos decapitados tratando de inquirir...

Pasaron a la alcoba. En la cama seguía aquella mujer, en la más completa *deshabillé*. El Juez al acercarse al hombre que yacía al pie de la cama lanzó una exclamación que vino a ser el ¡Eureka! de Arquímedes.

Aquel estoque clavado en el cogote de la víctima era un relámpago que iluminaba con luz vivísima aquella lóbrega oscuridad. En la hoja del estoque, grabados con perfiles góticos, se leía un nombre: Fernando Pimentel.

El Juez recogió el cuerpo del delito. Los otros cuerpos quedaron abandonados hasta que llegase el personal especializado en levantar muertos.

—Que avisen a "Metralla"—ordenó el Juez.

En un reloj de pared sonaron las ocho. Era hora de almorzar. El Juez y Mondóñez pasaron al comedor. Allí seguía Casas inmóvil como una figura de cera.

El Juez ordenó a Mondóñez.

—Recoja usted esos papeles y escriba...

Obedeció el secretario, Para rescatar el papel hubo de retirar el cadáver de su compañero. Al hacerlo, un frasquito microscópico vino a caer rodando hasta donde se hallaba el Juez. Inclínose éste para recogerlo. Asombrado leyó en la etiqueta: ARSÉNICO.

La noche del misterio volvía a tender su negro capuz sobre el suceso.

Julián Casas se había envenenado.

El Juez, perplejo, permaneció ante el cadáver de su antiguo subordinado mirándole fijamente, sin pestañear, como un fakir de escenario en uno de sus experimentos de fascinación.

Casas no se inmutó.

El Juez registró las ropas del cadáver, extrayendo de sus bolsillos cuanto encontraba.

Medio paquete de cigarrillos de cincuenta, una contrabarrera de sombra para la novillada del domingo, con el sello de contaduría, tres crónicas de Palacio Valdés...

No cabía duda aquel hombre era un desequilibrado.

Una miniatura incrustada en una sortija de *sello* que Casas lucía en el índice de su siniestra mano, intrigó al Juez. Era un retrato de mujer. ¿Quién era ella? No se parecía en nada a la chatilla que yacía en el lecho. La nariz respingoncilla de ésta no tenía nada que ver con la casi griega de la miniatura.

Sin embargo, no cabía duda, Casas no era ageno a todo aquel misterio. Aquel suicidio le delataba...

.....

Volvió a ser llamada la portera.

Atemorizada presentóse ante el Juez.

—Insiste usted en que no conoce a los actores de este drama?

—Yo le juro, señor Juez, que es la primera vez que los veo.

—¿Cómo esplicaría usted, pues, la presencia de estos muertos en el piso?

—Que sé yo.

Señalando a Casas el Juez interrogó a la Portera.

¿Y a este hombre, es la primera vez que usted lo ve?

La portera acercóse hasta el secretario y dió un grito de espanto.

—¡Cielos, el señorito Julián! A éste si que le conozco, era amigo de la señorita Olimpia.

—¡Ah!—exclamó el Juez loco de alegría. Y haciendo sentar a la portera frente a él, sacó la tabaquera del bolsillo, cargó apretadamente la pipa, encendióla y ordenó al Secretario:

—Mondóñez; escriba usted...

.....

Pero no adelantemos los acontecimientos. Dejemos a la Justicia interrogando a la portera, y por el medio más rápido de locomoción trasladémonos a Madrid en donde acontecimientos trascendentales reclaman nuestra presencia.

Cuando Retamar entró en su casa ordenó a la criada:

—No estoy para nadie, ¿sabes? ni para el mismo

Nuncio que venga a visitarme. Estoy en el campo.

Retamar tenía más que motivos para tomar tan terminante resolución. Desde que se colgó el cartel anunciador de tan extraordinario acontecimiento la vida del avispado representante de la empresa era un verdadero martirio. Los encargos de localidades, las recomendaciones para adquirir entradas para tan solemne suceso taurino traía a Retamar *majareta perdío*. En la calle, en el café, en su casa, allí donde se suponía que podía darse con él los solicitantes le asediaban hasta el mareo con sus recomendaciones.

—“Retamar; qué es un compromiso. Confío en dos barreras, ¡eh!” “Manolo; cuento contigo. Esos tendidos los reservas para mí...”

Y así a todas horas; y en todos los sitios. Arrepentido estaba de haber ideado tal cartel.

justificada. Ahí es nada, Fernando Pimentel y el “Niño de la Pepona”, mano a mano, un “cartel imponente”, un verdadero cuento de hadas para la afición que iba a ver por primera vez, frente a frente, a los dos fenómenos que se repartían la dictadura en el toreo. Esta tarde había de decidirse la supremacía de estas figuras. Pero ese Retamar, ¿cómo habría hecho el milagro de comprometer a estos artistas para un torneo de tanto compromiso?

Por que para nadie era un secreto; el de la Pepona temía a Pimentel, tanto como éste a su rival, aunque los partidarios de ambos se “partieran la boca” tirando bravatas a los de la otra parroquia, echándoles en cara el temor de su ídolo en medir sus armas con su pseudo competidor.

¡El *niño* el amo!

—¡Qué te crees tú eso! El amo Pimentel. No hablemos de eso.

No podían ponerse de acuerdo. La casualidad, o la habilidad de sus apoderados, había hecho que nunca se encontrasen solos "cara a cara" los dos fenómenos que se repartían la pasión y la idolatría de los aficionados.

¡Si lo decía él!

Para que luego le tiraran chinazos a Retamar.

"Yo el "Nonplús". Después de mí, el diluvio". Y casi tenía razón Retamar. Ese tanto que se apuntaba juntando a los dos coleros no se lo quitaba ni Dios.

En estas reflexiones se había enfrascado Retamar, en chanclas, abandonado dulcemente en una mecedora y recreándose con los espirales de humo de un "Faria" que a grandes chupadas iba consumiendo rápidamente.

El timbre de la puerta sonó largamente.

—Señorito. Preguntan por usted.

—Te he dicho que estaba en el campo,—rugió malhumorado Retamar, a quien esta inoportunidad sacaba de su éxtasis.

—Sí, y eso he dicho yo, pero ese señor se ha sentado en el recibidor y dice que allí espera la vuelta. Dice que ha de verle sin falta.

Suspiró Retamar resignado.

—Hazle pasar, y Dios con todos.

—Galán; ¿desde cuándo *mi meu* ha de pedir audiencia *pa chamullar* contigo?

—¡Coletilla! chavó, qué susto me habías dado; creí que eras uno de esos pelmazos que no me dejan vivir ni a sol ni a sombra. ¿Qué pasa en Cádiz?

—En Cádiz, no sé lo que pasará ni me importa; pero aquí pasan cosas *mu* gordas.

—Te pones trágico, Coletilla.

—Y tú te vas a poner "granguiflolesco" cuando

te enteres. Lee—y le puso ante las narices “La Voz” Y allí, en la información de provincias Retamar leyó: *Barcelona: El crimen de la calle del Conde del Asalto.*

Retamar, envolvió a “Coletilla” en una mirada de asombro berrenda en indignación.

—¿Pero es que ya has *agarrao* el “tablón” y vienes a tomarme el pelo? ¿Qué me importa a mí de Barcelona, ni de lo que pueda ocurrir en la calle del Conde del Asalto?

—Así, de pronto, puede que te creas tú que no te importa, pero cuando te enteres te va a subir la fiebre. Atiende:

Y “Coletilla” se puso a leer con voz clara y subrayando con el gesto las truculencias de la información.

Retamar, un tanto intrigado seguía con interés la lectura del suceso en el que el repórter había echado el resto.

“Coletilla” hizo una pausa.

—Qué, una memez de suceso ¿eh?

—Nada que se quedó solo el autor de la sarracina. ¡Vaya gachó quitando la cabeza! Pero lo sorprendente es eso del estoque clavado en el cogote. ¡Un estoque! ¿Pero quién andará en medio de ese lio?

—Ahí está el busilis. Pero agárrate para no caerte, y atiende:

“El Juez una vez oídas las declaraciones de la portera, ha ordenado la detención del matador de toros Fernando Pimentel, a quien la policía anda buscando con sigilo. Este diestro dió que hablar mucho recientemente con motivo de su supuesta muerte, suceso que aún no se ha aclarado por completo”.

—¡Repitones!—exclamó Retamar pasándose la mano por el testuz.—¡Esto me faltaba! Ese niño se va a buscar la ruina con sus flamenquerías. ¿Y dices que la policía lo anda buscando?

—Ya lo has oído.

—Pues hay que evitar que lo trinquen antes de que eche fuera la corrida, porque sino, ¡La karaba! Sígueme "Coletilla".

Llegaron a la puerta, la criada salió al paso.

—Señorito; la cena está a punto.

Retamar ni la escuchó. Replicó Coletilla:

—Pues mira por donde hoy te vas a hinchar, moza, por que esta noche cena aquí Rita la cantadora.

Salieron a la calle. A pesar de los 36 grados que marcaba el termómetro. Retamar iba tiritando. Llegaron a la calle de Peligros; al desembocar en Alcalá, Retamar paróse ante Fornos. Al través de los ventanales adivinó la impresión que había causado la noticia. En torno de una mesa, un grupo discutía acaloradamente. En el León, también había caído la bomba. Retamar se reprochó:

Todo el mundo lo sabía;
todo el mundo, menos él.

Desalentado llegó al Palace Hotel. Preguntó al conserje:

—¿Salió Pimentel?

—No; está en su habitación.

Cuando Retamar enfiló las escaleras, Fabriles bajaba.

—¡Don Manué!

—¿Qué hace el matador?

—Se ha acostao.

—Y de *eso*. ¿No sabe nada?

—De qué? Fabriles no sabía nada. Retamar le puso al corriente.

—Es necesario que nadie se acerque al matador. Que nada sepa de esto.

Retamar subió a un taxi

—A la Dirección de Seguridad, volando.

Mientras el chófer "metía" la cuarta. Retamar iba pensando:

—Pues señor, ¿cómo serán las noches toledanas?

El día amaneció espléndido. Las aceras de Fornos y Lion D'Or eran un hervidero. La reventa clandestina, estaba celebrando su agosto en pleno junio; las transacciones se elevaban hasta lo infinito; un billete para la corrida era una cosa fantástica. De todo España habían acudido aficionados deseosos de presenciar tan magno acontecimiento.

... ..

Pero saludemos a Pimentel, antes de vestirse el traje recamado.

La habitación del hotel era un verdadero jubileo: desparramados por la estancia, sentados los que podían; uno en la sombrerera, quien en el capazo de los capotes, otros en el canto de la cama; los admiradores del *ídolo* habían acudido a inyectarle unos gramos de estímulo para el próximo torneo:

—A ver Fernando si esta tarde le das la patada definitiva a ese “Niño de la Pepona” que presume más que un sorche con un puro.

—Dicen que tira bravatas y que *naquera ful* de ti—terció un sujeto estrábico, la gorra metida hasta los sesos, y con un tono de voz acazallado.—Vamos a ver si no te dejás *achingarar* por esa damisela, que se viste por los pies, por no hacer nada a derechas.

Pimentel, tumbado en la cama, en camiseta, fumaba un cigarrillo, abstraído, ajeno a cuanto pasaba a su alrededor.

—¿Dicen que un toro lo vas a brindar a la marquesita del Coldcream. ¡Buena gachí!

Respondió Pimentel, quitando importancia.

—¡Categoría que tiene uno!

Entró el botones del hotel.

—Esto acaban de dejar.

El asombro de los presentes llegó al delirio. Vaya capote que traían. Eso era postín. Un capote regio, tres mil pesetas de capote. Más blanco que la leche; aquello lo habrían bordado los ángeles. Una verdadera filigrana.

—¿Oye, te has *fijao*. Fernando? En la esclavina hay una corona.

—Cosas de ella...—respondió displicente Pimentel.

—¡Como que a esa gachí le has dao del frasco! Numeritos hace por las paredes.

Y que no era pirandón el nene. Aquellos amores del torero con la marquesita eran la comidilla de los taurinos que comentaban los acontecimientos en los tonos que convenían a sus simpatías. Pimentel, no estaba muy colado con la dama, pero se dejaba querer por que la aventura, lejos de costarle dinero, le

producía alguna atención de la marquesita, atenciones que en caso de apuro podía pignorar.

Llegó Retamar.

—¿Qué?—preguntó a Fabriles por lo bajo.

—Colosal. Hasta ahora, nadie se ha ido de la *muy*.

Más que un respiro fué un suspiro lo que soltó Retamar.

—Avíale pronto, y a la plaza.

Saludó al matador, y fuése.

... ..

Sólo en las fiestas en que repicaban fuerte solía verse la plaza como aquella tarde. A la hora de empezar un alfiler tirado a los tendidos no hubiera caído al suelo. Un mujerío mareante, tocadas sus cabezas con blondas y adornado el pecho con rojos y reventones claveles, ponían en aquel maravilloso cuadro una nota de imponderable majestuosidad.

El paseo de las cuadrillas fué saludado con un clamoreo general. El público en pie agitaba los pañuelos animando a sus ídolos, que, casi emocionados hubieron de descubrirse.

Al llegar a la barrera Pimentel tiró su capote de paseo a la marquesita que ocupaba una barrera.

Un clamoreo acogió este gesto del torero, y mil comentarios picarescos emitidos a viva voz hicieron sonrojar a la apasionada marquesita.

... ..

La lidia de los cinco primeros toros fué una ininterrumpida ovación para los dos fenómenos que cada vez más celosos de sus prerrogativas no se resignaban a dejarse arrollar. Cuando el "Niño de la

Pepona" mató su último, estalló clamorosa ovación.
—¡ Pimentel, ahí queda eso!—gritaron de los tendidos.

Pimentel se mordió los labios, miró a donde había partido la voz y respondió.

—Ahora lo veremos.

El que cerró plaza era un ejemplar imponente. 30 arrobas sobre los lomos, y dos pitones. ¡ Un toro!

En los quites Pimentel se emborrachó toreando, En los tendidos hervía la pasión. Los guardias hubieron de intervenir varias veces para apaciguar los ánimos.

Cuando Pimentel descubrióse ante la barrera que ocupaba la marquesita para brindarle la muerte de aquel toro se hizo en la plaza un silencio sepulcral.

Mandó retirar la gente. Solo con el toro, Pimentel, como si estuviese tocado de la divina gracia desarrolló una faena inenarrable. Las aclamaciones del público, los gritos de los incondicionales que echaban en cara a los contrarios su beocia negando la supremacía de Pimentel, atronaban el espacio, y cuando el héroe, liando en corto, arrancando derecho y doblándose sobre el pitón hundía la espada hasta la pelota saliendo rodando la res del vuelo de la muleta, el entusiasmo llegó hasta el delirio, el ruedo llenóse de sombreros, de flores, de abanicos...

Pimentel, sonriente, acercóse a la barrera ocupada por la marquesita, que pálida de emoción se puso en pie al recibir el saludo del triunfador. Un triunfador que era *suyo*, todo *suyo*. En aquel momento, una mujer arrebuada en un mantoncillo de flecos bajaba atropelladamente las gradas del tendido y acercándose a la maroma, entre estupor del público.

escupió a Pimentel: ¡Chulángano! ¡So golfo! Bríndale a *esa* chula encopetada esta faena. Y sacando y arrojando a la arena un bulto liado en unos trapos desapareció de escena.

Pimentel, a quien aquella desagradable interrupción había amargado la tarde inclinóse para recoger lo que aquella mujer—la Pepa ¡maldita sea! siempre habría pensado él que era una *boceras*—quedándose aterrado ante la presencia de un crio negrucho y llorón que por efecto del golpe habrió la válvula de su desprecio, poniendo a Pimentel la taleguilla para mandarla al tinte.

... ..

Cuando Pimentel volvió al Hotel, y los clamoreos de entusiasmo fueron alejándose se puso a meditar unos momentos.

¿Por qué habría hecho esa charranada la Pepa? ¡Sí que había quedado en buena situación ante la marquesita!

¡Maldita sea la hora!

Un botones entró una carta con un olor a nardo que mareaba. Rompió Pimentel el sobre, y dió un suspiro de satisfacción. Era la marquesita; la marquesita que en palabras inflamadas de pasión le citaba para que aquella noche el himno de aquel amor tuviese un acompañamiento a gran orquesta.

Sonrió Pimentel orgulloso. Había olvidado fulminantemente *lo de* la Pepa. Aquella noche...

Llamaron a la puerta.

—¿Fernando Pimentel?

—Yo soy.

—Traemos orden de acompañarlo.



...poniendo a Pimentel la taleguilla para mandarla al tinte.

—¿A dónde?

—Ante el comisario.

—¿Ante el comisario, yo? ¿Por qué?

—El le dirá. Nosotros...

—Está bien. Iré mañana. Esta noche no puedo detenerme, me espera una cita y no puedo faltar. Esta noche...

Atajó uno de los agentes: Pimentel: lo sentimos mucho, pero esta noche la pasa usted en la comisaria.

TRINCHERILLA

CAPITULO XI

El señor juez tiene una vista... (que no se la merece)



El futuro magistrado salió de la casa de la calle del Asalto con un rayo de luz en el cerebro.

Iba ensimismado, sin hacer caso de las personas que se cruzaban en su camino.

De un rincón salió una llamada femenina:

—¡ Chist!, ¡ chist!

Nada. El juez ni siquiera la oyó.. Esa fué la suerte de la *señorita* suplicante. ¿Cuál no era el peligro que corría si el transeunte desconocido acepta el requerimiento? ¿Acaso, la infeliz, no hubiera caído *sub-judice*?

El juez llegaba a la Rambla. Avanzaba un tranvía e hizo ademán para que se detuviera. Pero, en el aire la mano, creyó más oportuno rascarse una ceja con cierto disimulo. Lo había pensado mejor y no quería tomar aquel. Llevaba muchas horas de *auto en auto* y de *diligencia en diligencia* y creyó conveniente seguir andando para estirar un poco las piernas.

Además le sentaría bien el fresco de la noche más fresca que esos revisteros que van de feria en feria *acosando* a los ases.

Tenía casi madurado el plan. Un *plan fantástico* como hubiera asegurado un pollo-fruta. Del resultado de la corrida de Madrid, saldría la luz para el esclarecimiento de todos aquellos crímenes, que, fantaseados por la Prensa, servían de pasto cotidiano a las porteras.

—¡A mi, no!—se decía el juez en sustancioso monólogo que parecía escrito por el más eximio literato para una noche de beneficio.—Al que me la dé a mí tiene que haber nacido en Cuenca. Ni toreros, ni cupletistas, ni estoques misteriosos. Nada, nada. Espero recibir noticias fidedignas del éxito o fracaso de Pimentel en la corrida de Madrid. Y si como me olfateo, su actuación no tiene nada misterioso ni de extraordinario, se van a acordar de quien es un servidorito.

Dió una chupada al cigarro, miró el reloj de pulsera, y continuó:

—¿De qué me iba a servir haber entrado con el último número en las oposiciones a la Judicatura? Cierto es, que, al hacer oposiciones, un tío mío era magistrado del Supremo. Cierto es que antes de ingresar en el Cuerpo de Aspirantes, fuí revocado en doce oposiciones. Pero cierto es también que de algo me servirán los seis años que fuí corresponsal del semanario "*Las dos orejas y el rabo*" que se publicaba en Zamora, y el haber puesto letra a aquel cuplé titulado "*Anda y que te den dos tiros*". Con esta hoja de estudios, y los trapicheos de cupleteras y toreros me los sé de memoria. El rayo de luz,

el "*Soplum Divinum*" que iluminó mi razón hace un momento, me permite creer que muy pronto podré poner en todas las diligencias incoadas el auto de terminación del sumario. Todo es cuestión de saber esperar, como aseguró don Jacinto por boca de uno de los personajes de aquella famosa comedia en que jugaba principal papel una princesita con unos sueños completamente alienados.

Y terminó su perorata:

—Señorita Olimpia; señor Pimentel: ¡El triunfo va a ser mío! Don Galo Ponte me lo premiará seguramente.

El juez llegaba a su casa. En un bar donde estaba instalada en dos veladores de al lado del mostrador la "*Peña Pimentel*" se exhibía un telefonema redactado así: "*Madrid. Toros regulares; Pimentel colosal. Oreja. Sacado hombros.*"

El juez bebió una de Cazalla. Leyó el telefonema. Sonrió.

—Veremos en que para este triunfo. La Prensa madrileña nos lo confirmará. Esperemos.

A los primeros quince minutos el subordinado de Themis dormía profundamente.

... ..
... ..

!!!Trrrrriiiiiinn!!! !!!Trrrrrrziiiiinnnnn!!!—el señor juez ha hecho sonar un timbre.

En el despacho penetra un alguacil.

—¡ Señor!...

—Tome, Pérez. Cómpreme "El Imparcial", "A B C", "El Liberal" y "La Libertad".

Y sobre la mesa arrojó, con la misma magestuo-

sidad que Guzmán el Bueno su puñal, dos relucientes monedas de cuproniquel.

—Traígalos del quiosco más próximo.

Salió el alguacil. Hay una breve pausa, solo interrumpida por un movimiento de la mano del juez que acaricia suavemente la borla del birrete. Vuelve el subordinado.

—Señor: en el quiosco próximo solo quedaban de Madrid estos diarios: "El Sol" y "La Epoca".

Una mal sonante palabrota, jamás pronunciada en un colegio de Ursulinas, hendió los espacios.

—¡Idiota! ¿No sabe V. que pido la prensa madrileña para enterarme de la corrida de anteayer? ¿Para qué quiero yo estos periódicos? ¡Traígame los que le pedí y no pare aunque no los encuentre hasta la Bonanova!

Salió tembloroso el alguacil. Y, al poco rato, al cabo de tres horas, volvió con los ansiados periódicos.

El juez los leyó con avidéz, se sació de la nutrida prosa vertida por Alcázar, Carrochano, Rafael y Clarito, y después de leídas las cuatro críticas no sacó en limpio como había sido la corrida. Las opiniones eran diversas. Sin embargo tenía la clave.

Quedó el juez ensimismado unos momentos, apoyó la frente entre las manos, y, al poco tiempo, dió orden de que pasase el secretario.

—Le he llamado, don Antonio, porque le voy a dictar un auto.

Prepare la máquina, coja papel de oficio y teclee.

Y al cabo de un rato en que no se oyó sinó el run-runeo de lo que dictaba el juez y el tic tac tic tac riiinnn, tic tac, tic tac riiinnn que hacia la máquina de escribir al ser golpeada, resultó un flamante auto,

que el señor juez que lo *construyera* se le semejó un Hispano o un Rolls.

Resultandos y considerandos bailaban la siguiente zarabanda:

Resultando... que el matador de toros llamado Pimentel simuló una muerte repentina en el andén de una estación, sin más objeto que apoderarse con ánimo de lucro de un *pendentiff* y "*parchear*" un rato a la cupletera Olimpia.

Resultando... que el susodicho Pimentel ha dado a entender que poseía un estoque misterioso que se oponía a entrar en los morrillos de los toros, a pesar de la decisión que ponía en los ataques aquel matador.

Resultando... que la cupletera conocida por Olimpia se ha hecho la *longui* interviniendo directamente en estos manejos de Pimentel, haciendo creer a la gente que poseía un *pendentiff* de gran valor, y que, efectivamente, el famoso torero había muerto en sus brazos.

Considerando... que el estoque era de buena calidad, sin misterio alguno que le impidiese entrar hasta la gamuza, y que sinó entraba era porque Pimentel se echaba fuera, volviendo la cara y no ponía valor ni decisión en el ataque.

Considerando... que el *pendentif* de Olimpia fué adquirido en un establecimiento mercantil de todo a 0'65.

Considerando... que la cupletera Olimpia no tiene arte ni voz y es contemporánea de aquellas mujeres que agitaron el pañuelo en el puerto de Palos cuando Colón partía para América.

Considerando... que Pimentel ha demostrado en la última corrida de Madrid que, teniendo valor, no hay

misterio en los estoques y se puede llegar con la mano al pelo.

Considerando... que no hay que echarle guindas al nene, sino almohadillas y hortalizas los días que no se arrima.

Considerando... que Pimentel y la Olimpia no han pretendido otra cosa que llamar la atención del público, ahora que están en decadencia, realizando actos que obligasen a los periódicos a hablar de ellos sin necesidad de pagar los bombos en la administración.

Considerando... que procede la declaración de procesamiento, conforme a lo dispuesto en el artículo 384 de la ley de Enjuizamiento criminal.

Se declara procesados al Pimentel y a la Olimpia. que dormirán en la cárcel en tanto no abonen las propagandas que hasta ahora les iban saliendo gratuitas. Así lo mando etc., etc.....

... ..

El juez respiró satisfecho.

—¿Timos a mí? Señorita Olimpia: ¡A las baterías! Amigo Pimentel: ¡Al toro! Obrando así ganarán ustedes gloria y dinero. Hay que seguir el camino de la verdad.

En pleno siglo veinte el "toreo por las afueras" está desacreditado ya.

... ..

¿Verdad, lector, que este juez tenía mucha vista?

¿Verdad que era una vista de mayor cuantía?

DON INDALECIO

CAPITULO XII

En el que se pone completamente en claro el macabro suceso de la calle Conde del Asalto



una mujer muerta "sí pero que también" impúdicamente desnuda en una cama; un hombre en paños menores, muerto a consecuencia de un certero descabello a pulso; dos cabezas, sin parlantes por lo menos denunciantez de algo espantoso, separadas del tronco; dos troncos sin cabeza y sin americana, en cuerpo de camisa; un funcionario judicial, muerto repentinamente en el ejercicio de sus funciones; un frasco de cristal con etiqueta que dice *Arsénico*, un estoque con el nombre de Fernando Pimentel grabado en la hoja; y una portera que, contra la costumbre entre las de su clase, no sabe nada de nada; todo eso, lector, en una reducida habitación de la calle del Conde del Asalto, y en noche metida en agua, basta y sobra para emocionar e intrigar al pueblo mas pasivo e indiferente. Y sucedió lo que necesariamente tenía que suceder: que las referencias del espantoso crimen se extendieron por toda España,

ocuparon con grandes titulares, páginas enteras de los periódicos de mayor y menor circulación e interesaron a la opinión que, sin excepciones de clases sociales ni de edades, pedía unánime un rápido y copleto esclarecimiento del suceso.

La Prensa Taurina no era la que menos se dejaba oír en el clamoreo genetal; las revistas profesionales adictas a Pimentel, lanzaban insidias, tratando de envolver al "Niño de la Pepona" en el misterioso crimen: los *papeles* incondicionales del *Niño* contestaban las insidias con punzantes cuchufletas, y la *Pezuña Ilustrada* comentaba así:—¿No decía el fenómeno Pimentel que su famoso estoque no mataba? En la casa del crimen de la calle del Conde del Asalto le dirán si mataba o no mataba. ¡Maleta!

Y en estas acalorauas controversias, apasionados comentarios y extensas informaciones andábamos, cuando fué conocido el auto dictado por el juez que instruía las diligencias sumariales, auto que dejamos reseñado en el capítulo anterior.

Ante los considerandos y resultandos del auto, un grito de estupefacción y de asombro resonó estentóreo por todo el solar hispano. ¿Cómo podía explicarse que ante aquel montón de cadáveres, que convertía el dormitorio trágico en una trinchera de Verdún, se entretuviese el juez en dictar autos de prisión por si en el asunto del *pendentif* habían o, no buscado sus protagonistas una *reclame* para su respectiva profesión? Era este entretenimiento inverosímil, tan absurdo, que la protesta nacional se exteriorizó, pese al lápiz rojo de la censura, en las columnas de la Prensa.

Y el Fiscal de la Audiencia recibió orden de intervenir en el sumario. Los resultados de la inter-

vención no se hicieron esperar: traslado del juez actuante y nombramiento de juez especial a favor de don Griseldo Caminales del Palmar dignísimo magistrado de Sala.

La fama de don Griseldo de activo y experto como pocos, era garantía de un inmediato esclarecimiento de los hechos.

Y como la fama por esta vez no quedó desmentida, seguiremos al nuevo juez en sus actuaciones y con el resultado de ellas formaremos el Capítulo XII de esta estupenda y hasta aquí desconcertante novela,

* * *

A juzgar por el texto del ya celeberrimo auto Olimpia de Nancy vivía, puesto que se la condenaba a la cárcel; pero ¿vivía en realidad? No, lector no vivía. Muerta, completamente difunta estaba. El veneno del tango, causa origen de su muerte, como queda dicho en el capítulo correspondiente, la llevó a una vida de excesos y de crápula que, al fin, hicieron indispensable la aplicación del aceite gris. Un día, se le acabó el aceite; y aquella vida, que se extinguía mísera y triste, se apagó por completo.

¿Cómo, pues, se explicaba que Olimpia fuese la inquilina del piso de la calle del Conde del Asalto? Nada más sencillo: en el mundo ninguna mujer tiene la exclusiva para llamarse Olimpia; y una Olimpia—Olimpia de Andorra—encargada del servicio de antepalcos en uno de nuestros más elegantes *music-halls*, era la inquilina de la casa del crimen.

Las visitas de Julián Casas a Olimpia de Andorra tenían así mismo, facilísima explicación: desde su galante aventura con Olimpia de Nancy, a Julián

le atraían las Olimpías sin poderlo remediar. En el antepalco del *music-hall* conoció a la nueva Olimpia, quedó encantado de sus servicios, y desde aquel día fué visita de casa de la complaciente camarera.

¿Por qué se había suicidado Julián? No hubo tal suicidio. Un hombre puede llevar encima un frasco con rótulo que diga *Arsénico*; y hasta otro frasco con etiqueta que diga *Dinamita* y, no obstante los frascos, no es obligatorio que sea suicida y anarquista todo a la vez. Analizados en el Laboratorio los pequeños glóbulos que contenía el frasco encontrado en poder de Julián, se vió que era una composición de mentol y ácido bórico, refrigerante y desinfectante. Julián, propenso a inflamaciones de las encías, constantemente hacía uso de los glóbulos como medida de previsión. ¿Por qué decía *Arsénico* la etiqueta del frasco? Este detalle no tenía importancia alguna. Seguramente, Casas, por no llevar los glóbulos sueltos en el bolsillo, los metió en el primer frasco que encontró a mano. Nosotros hemos visto, en casa de un amigo nuestro, conservar la magnesia efervescente en un botè de harina lactada. Una cosa es el contenido y otra el continente.

¿Cuál, pues, había sido la causa de la muerte repentina del salamanquino? La autopsia lo reveló todo. Julián sufría una angina de pecho; y nada más probable que al ver tanto cadáver reunido en la casa que él visitaba con frecuencia, la impresión acelerase los, más temprano o más tarde, fatales efectos de la angina.

Veamos ahora cuales habían sido las circunstancias determinantes y las manos ejecutantes del cuádruple asesinato que había alborotado a la opinión pública.

La *Chata de la Grabada*—llamada así porque al encanto de su nariz graciosamente aplastada se unía la circunstancia de que su madre, en la segunda edad, se vió atacada de viruelas—aunque hija de padres desconocidos, no era una mujer vulgar. En la taberna del *Rosca* pasó tres años fregoteando platos y vasos; pero buscando ambiente más apropiado y de mayores rendimientos para su no escasa inteligencia y para sus robustas y bien torneadas piernas, debutó de cupletista en el *music-hall* donde Olimpia de Andorra prestaba sus servicios. El cambio de orientación dió excelentes resultados. Pronto la *Chata* conquistó numerosos asiduos de su arte, y de los encantos propios del sexo. ¡Se vivía!

Al *Rosca* le fueron mal los negocios y perdió la taberna. Se arrimó a la *Chata* y como el *Rosca* había sido el iniciador en intimidades de su *ex-fregona*, ésta, como suele decirse, le conservaba ley y no tuvo inconveniente en brindarle franca protección. Pero ¡ay! que cuando llegó el *Rosca*, la *Chata*, corazón magnánimo, tenía otro protegido: el *Chico del Betún*, ex-limpiabotas, como su nombre indicaba, y “fenómeno” en ciernes, pues al decir de quienes le habían visto torear en capeas pueblerinas, estaba llamado a limpiar los ruedos de maletas y fachendosos. Para su debut solo esperaba poseer el *trousseau* taurino, que la *Chata* iba adquiriendo poco a poco, a medida que sus ingresos lo permitían. Hasta el día de autos llevaba adquirido: unas preciosas medias de seda y de segunda mano, una montera en muy buen uso, y el estoque que hemos visto en la casa del crimen. El estoque, en compañía de otros objetos que le estorbaban para el largo viaje que emprendió, fué vendido por Olimpia de Nancy

a su paso por Barcelona, y llegó a poder de la *Chata*, mediante unas cuantas pesetas, por mediación de un individuo que se dedicaba a la venta ambulante de postales pornográficas y objetos, al parecer de goma.

El *Rosca* vió un competidor temible en el *Chico del Betún*, y como la *Chata*, requerida al efecto, no se mostró propicia a desprenderse del *Chico*, el despechado *Rosca* juróse a sí mismo, tomar fiera venganza. Y en efecto, fingió amoldarse a las circunstancias y propuso a la *Chata* una juerguecita para sellar su amistad con el *Chico*. La *Chata* aceptó regocijada y dijo al *Rosca*:

—Como voy a vivir en compañía de Olimpia, aprovechando la ocasión de que se marcha a Sabadell a pasar ocho días en compañía de un cliente de antepalco, la juerga servirá para sellar tú amistad con el *Chico* y para celebrar mi instalación en mi nuevo domicilio.

Y todo quedó convenido. La *Chata* envió sus muebles, ropas y enseres al piso de la calle del Condé del Asalto, y el día de autos por la tarde, después de la salida de Olimpia para Sabadell, la *Chata*, el *Rosca*, el *Chico* y el futuro mozo de estoques del futuro fenómeno, cargados de paquetes conteniendo comestibles y bebestibles, entraron en la casa del crimen en un momento que la portera se hallaba de comadreo por las casas vecinas; por esto, al prestar declaración, no sabía nada ni conocía a nadie.

Los juerguistas comenzaron la juerga por aceitunas y lonjas de jamón serrano. Las libaciones se sucedían casi sin paréntesis. El *Rosca* escanciaba incansable.

Seguramente el lector habrá adivinado que una de

las botellas de vino, preparada por el *Rosca*, contenía un fuerte y eficaz narcótico. A los doce minutos de comenzada la juerga, el *Chico* y su mozo de estoques, echados de bruces sobre la mesa, dormían profundamente. El *Rosca*, entonces, cerró con llave la puerta de la escalera y sacando un enorme cuchillo que a prevención llevaba, dijo a la *Chata* con voz cavernosa y feroz gesto:

—Como des el menor grito, te rebano la cabeza. Entra en la alcoba, échate en la cama y espérame.

La *Chata*, atemorizada y sin pronunciar palabra, obedeció.

Unos minutos después entró en la alcoba el *Rosca*.

... ..

Pasó media hora; el ex-tabernero abandonó el lecho y abriendo el armario de luna se apoderó del estoque de Pimentel.

—¿Qué intentas?—demandó trémula de miedo la *Chata* que ignoraba lo ocurrido fuera de la alcoba.

—Calla y muere—rugió el *Rosca*, y hundió el estoque en el pecho de la *Chata*, hiriéndola de muerte.

Seguidamente salió al comedor y cogiendo las cabezas que él mismo había cercenado momentos antes, las echó dentro de la alcoba. Después trasladó los troncos a la alcoba también.

La *Chata*, haciendo un supremo esfuerzo, se deslizó de la cama, agarró el estoque y en el momento que el *Rosca* se dirigía hacia el comedor, le clavó la acerada hoja. El *Rosca* dió un salto de trucha y cayó inerte.

La *Chata*, sintiéndose morir, se echó de nuevo sobre la cama. Cuando intentó gritar, pedir auxilio, no pudo: había fallecido.

Puesto todo en claro, el juez decretó la libertad de Pimentel, que se hallaba en la cárcel desde que dos agentes de vigilancia lo trasladaron de Madrid a Barcelona.

La irresponsabilidad de Pimentel aparecía más transparente que camisa de cocota.

LEOPOLDO VARÓ

CAPITULO XIII

En el que, aprovechando la baja de los francos, se hace un viajecito a Francia y se aclara el misterio del estoque de Pimentel.



Con permiso del pío y amable lector, vamos a abrir un paréntesis en esta emocionante y verídico relato, y por la "abertura" sacaremos el coco, vulgo cabezota, y echaremos una ojeada retrospectiva.

Habíamos quedado—ya hace de ésto un rato largo; pero habíamos quedado—en que Fernando Pimentel, que mataba más que los "garrofinos" servidos como rico y sabroso moka, y que merecía el sobrenombre de "as", "fenómeno", derrumbamiento, profanación y escándalo de la torería andante, dió de pronto, no el paso, sino el salto atrás, y sólo hacía el "ridi" cada vez que se las liaba con uno de esos animales que ahora para despistar, llamamos toros. ¿A qué se debía el cambiazo?

Pues, si quieren ustedes explicárselo todo, como en las comedias del antiguo régimen, hágannos el "servicio" de venir en nuestra compañía hasta la estación de Francia, tomar allí el tren de la frontera,

someterse en Cerbère a los "amables" tratos de los "douanniers" de la vecina República, ponerse en seguida de nuevo "en voiture", y llegar hasta Bordeaux, o Burdeos, que es como por acá llamamos los vinícolas o "vinófilos" a la ciudad girondina.

Nuestros buenos amigos los franceses, digan lo que quieran los termómetros, son más chulos que el consabido 8, y los cuernos, ya en una cabeza bovina, o ya procedente del "cocuage", les vuelven pero que enagenados perdidos.

Nada tiene, pues, de extrañío que en Burdeos, con o sin el "placet" de M. Doumergue, se celebren corridas de toros, y que el día en que nosotros hicimos nuestra triunfal entrada en la báquica "ville" hubiera allí toreado el perínclito Fernando Pimentel, quien mató, de gusto, a los franceses y dejó a las francesas en el psicológico "cuarto de hora".

Nosotros llegamos tarde para asistir a la corrida, cosa que nos tenía completamente sin cuidado, pues demasiadas latas taurinas soportamos por obligación en Barcelona; pero, como no teníamos prisa alguna, y el objeto de nuestro viaje le cumpliríamos en cuanto nos diera la realísima gana, pues por algo somos novelistas (!!!), en lugar de seguir otro camino más corto, nos fuimos andando, "pian piano", por el Cours de la Marne, plaza de la República y "rue" de Santa Catalina, hasta la plaza de la Comédie, donde teníamos la seguridad de encontrar alguna figura más o menos toreril.

En efecto, en cuanto posamos nuestros bellos si que soñadores ojos en la terraza del café de Bordeaux, avizoramos al Farolero, el mozo de estoques del Niño de la Pepona, y a un individuo, mal encarado él, los cuales estaban departiendo animadamente, no sin pe-

garle unos "latigazos" a una botella de vino del país.

Como nosotros, a pesar de nuestra calidad de críticos taurinos, no tomamos nunca el vermouth en ninguno de los "bars" de las Ramblas barcelonesas, lo cual quiere decir que para todos los mozos de estoque somos el "revistero desconocido", pudimos tranquilamente sentarnos en un velador contiguo al en que se hallaban el Farolero y su acompañante, y enterarnos de cuanto hablaban.

—Mira "gacheau"—decía el Farolero,—no andemos con "arrodeos". Mi amo y señor, el Niño de la Pepona, está ya hasta por encima del moño de que ese pollo camuesa que se llama Fernando Pimentel le moje los pabellones auriculares una tarde sí y otra también. ¿Es qué Pimentel tiene riñones? ¡Miau! ¿Es qué tiene vergüenza? ¡Me hace usted "de" cargar! Lo que tiene es un estoque que está encantado, como la espada que saca cierto personaje de un sainete de un tal don Ricardo Wagner, y el arma solita hace caer a los toros con las patas por alto. Bueno, pues esto se tiene que acabar. El estoque maravilloso ha de pasar a manos del Niño de la Pepona,

—"Trés bien, trés bien"; me lo miraré—repuso que ni pinche, ni corte ni raje. En lo de dar el cambio, no hay quien pueda competir contigo. Así es que en tí confío para que hagas ese juego de prestidigitación, que te valdrá tus buenos veinte "cuproníqueles", o séase, según los cambios, una de francos que marea.

—"Tres bien, trés bien"; me lo miraré—repuso medio en francés, medio en catalán, el interlocutor del Farolero.

Y, tras un momento de "pensativez", preguntó:

—¿Cuándo él es que él reparte para la España Fernando Pimentel?

—Mañana.

—“Alors”, está “fait” y no va “plus”, tengo un plan, que te expondré mientras “nons promenons” por las “allées” Tourny. Paga, y “ahuecons”.

Arrojó, alímpico, el Farolero sobre la mesa un montón de biqlletes de a cinco francos—seis reales, mal contados, en junto—y se marchó con su compañero hacia el paseo orgullo de los bárceloneses.

... ..

El rápido se acerca al límite del territorio francés. Fernando Pimentel y el Niño de la Pepona, rivales en los ruedos, se fingen una amistad más o menos sincera en el terreno particular. Viajan en el mismo departamento, y a la par que consumen aromáticos habanos, hablaban de sus conquistas, de sus triunfos, de sus proyectos para lo porvenir. El tren llega a la estación de Cerbére y detiene su marcha. Un empleado grita.

—“¡Tout le monde descend!”

Lo inesperado de la orden, pues la revisión policíaca y aduanera acostumbra a hacerse en el mismo tren, altera los nervios de los viajeros, que arreglan como pueden sus equipajes y descienden de los coches precipitadamente.

Un faquín se acerca a Fabriles, el mozo de estoches de Fernando Pimentel, y el Farolero, y poco menos que a la fuerza les quita de las manos el “bagage”.

En la Aduana, simples formalismos. Ganas de amolar, y nada más. Los viajeros dan la vuelta por las salas de espera, y pueden reintegrarse al tren.

El faquín a quien el Farolero y Fabriles entregaran

sus equipajes tarda en volver, pero, al fin, llega, y desaparecen todas las inquietudes.

Con pretexto de remunerar sus servicios, el Farolero se acerca a él, dejando al Fabriles dentro del departamento.

Hay un rápido cambio de palabras:

—Ya está hecho—dice el faquín, que no es otro que el sujeto mal encarado que vimos en Burdeos.

—¡Pues va bien servido!—comenta el Farolero, lanzando un suspiro de satisfacción.

Barcelona. El Niño de la Pepona y su mozo de estoques se han acomodado ya en el auto que les ha de llevar al hotel.

—¡Tuyo es el mundo!—exclama, sentencioso, el Farolero.—¿Sabes qué hay en este fundón?

—¿Qué ha de haber? La espada.

—La gloria, las palmas, los billetes, las “gachís”. ¡El estoque de Pimentel! ¡A matar tocan! ¿Y sabes que se ha llevado en cambio el pollo ese? ¡La espada de Bernardo!

.....

He aquí, caro lector, aclarado todo. Con una espada que ni pinchaba, ni cortaba, ni rajaba, Fernando Pimentel había de tener forzosamente por compañero al fracaso, mientras el Niño de la Pepona, con el estoque mágico, se bañaba en agua de rosas.

Pero el Niño y su servidor no habían contado con la huésped; no habían contado con que Olimpia de Nancy, al desaparecer con el estoque de Pimentel, obligó a éste a adquirir otra espada, base del resurgimiento artístico del torero.

GARAPULLITO (1)

(1) ¿Cómo se explica que siendo el malhadado

estoque producto del referido cambiazo, creyera Pimentel, según vimos en el capítulo VI, que el tal estoque era regalo de su apoderado? Circunstancia es ésta, lector, que oportunamente quedará aclarada.

CAPITULO XIV

De cómo el nuevo lío formado en el capítulo anterior y el otro con que amenazaba a el próximo quedan satisfactoriamente deshechos



Si el lector no ha tomado el buen acuerdo de dar por acabada este interesante y auténtica historia, y con grave riesgo para su integridad mental, continúa deleitándose con las peripecias y vicisitudes que en estas páginas se le sirven, habrá notado que no todos los cronistas del epónimo Pimentel poseen su abnegación y son bastantes los que, prescindiendo de todo enteramente, meten

a nuestro héroe en un berengenal apenas salido de otro, como si sobre el asandereado espada pesara un sino de lío y embrollo de entre cuyas redes no le fuera permitido librarse.

Y es que, la verdad, las fuentes donde los cronistas de las gestas pimentelianas nos hemos visto obligados a abrevarnos, no son tan claras y cristalinas como fuera de desear; y de aquí nacen ciertos con-

trasentido que habrán llamado la atención del buen lector.

Pues bien, en realidad sólo se trata de una mala interpretación de referencias.

En el capítulo anterior se habrá visto que el famoso estoque causa de todos los sinsabores de Fernando, había llegado a manos de este por haberle dado el *cambiaso* en Cerbere un faquín adulterado, cuando sabemos que ese estoque se lo había regalado a Pimentel, su apoderado, don Manuel.

¿Cómo se explica este error?

De la manera más sencilla.

Cuando el *revistero desconocido* oyó la conversación en el *bar* de Burdeos entre el *Farolero* y su compinche, aceptó como la chipén todo cuanto allí se dijo y es que ignoraba el revistero que no era tan *desconocido* para el *mozo d'espás* del *Niño de la Pepona*, como él suponía fundándose en su falta de hábito de tomar vermut en los bares de la Rambla. El *Farolero*, sabía ese detalle, pero le constaba igualmente que ese crítico fumaba, y por vicio tan insignificante le identificó en seguida y vió en él un testigo importuno al que había que despistar.

En total que, contra lo que allí pareció que concertaban los dos "taurinos", lo que en realidad convinieron fué el robo del estoque valenciano, marca Ferrandiz, que era en manos de Fernando una durandaina, y en cuanto a la "espada de Bernardo" no llegó a poder de Pimentel hasta unos días más tarde cuando ya en Madrid, lamentándose de la pérdida de su gran arma toricida delante de su apoderado, este le hizo el obsequio de aquella, acompañando el regalo de su historial laudatorio de la hoja toledana de que se desprendía como de una joya inapreciable.

¿Estaba de acuerdo don Manuel con el Niño de la Pepona?

Fabriles, ya lo sabemos, tenía sospechas muy vehementes al respecto; pero por nuestra parte, relatados los hechos, dejamos al lector árbitro de sacar las deducciones que más le plazcan.

Para su orientación podemos afirmar, desde luego, que la "espada de Bernardo" llegó a poder de don Manuel por conducto del *Farolero*. De eso estamos seguros.

Lo que nunca pudo sospechar Pimentel al verse libre de la fatídica hoja, es que a consecuencia de la muerte de Olimpia y del crimen de la calle del conde del Asalto, el estoque misterioso, le fuese reintegrado de nuevo por orden del juzgado, al averiguar este que le pertenecía.

Y lo que estaba muy lejos de suponer *Fabriles* es que su matador, así que se vió nuevamente en posesión del estoque misterioso, le declarase que con él pensaba continuar matando toros.

—¡Pero mataor—exclamó el fiel servidor—está usted majareta perdido! Después de lo que han hecho con él, y de lo que ya hacía antes, eso es una atrocidad. ¡Usté se busca una perdición!

—Yo no sé lo que me busco; pero ese y no otro estoque es el que me vas a dar todas las tardes—contestó resueltamente Fernando como si obedeciera a una fuerza superior, que seguramente no era otra que la fuerza del sino, la Fatalidad, en una palabra, porque si no hacemos intervenir a la Fatalidad, la cosa no tiene sentido común.

Ocho días después de este breve y significativo diálogo, se celebraba en Barcelona una de esas corridas memorables en la que Pimentel, alternando

con sus más encarnizados rivales, *Currito Pencas* y el *Niño de la Pepona*, habían de estoquear seis buenos mozos de don Alipio Pérez Tabernero.

Retamar había organizado esta corrida para reanimar en lo posible la decaída afición barcelonesa, hasta de mansos y de mediocridades; y el cartel había causado inmejorable impresión, pues se reunían en él los elementos de más indiscutible valía.

Para Fernando tenía esta corrida un aliciente más.

En Barcelona residía entonces cierta "estrella de la pantalla", una adorable francesita llamada Mary, su compañera en la cinta que de los episodios de su vida había hecho una casa de películas, con el título de la "Novela de un torero", y verla ahora resultaba para él un regalo; pues la francesita había logrado interesarle lo bastante para que encontrarla de nuevo—y no en cinta—le fuese muy agradable.

De la manera que los hombres como él se enamoran de las mujeres como ella, puede decirse que el torero estaba enamorado de la peliculera, y aun no estándolo, nosotros como autores de una novela de torero, no íbamos a prescindir de esos amores del protagonista con una artista (sea de lo que fuese) de nacionalidad francesa. Conocemos nuestra obligación y aquí tiene el lector a la artista francesa en amores con el torero, como en toda novela que de tal se precie y de tal se estime.

Ver, pues, a Mary era el complemento de las satisfacciones que Pimentel esperaba gozar en Barcelona, y sólo una nube empañaba su contento.

¿Volvería el estoque misterioso a hacerle fracasar?

¿Debía exponerse, en tarde de tanto compromiso, a emplearlo?

Si *Fabriles* se olvidara de meterlo en el fundón...
¡No; se lo advertía! ¡Con aquel estoque había
de triunfar o fracasar!

¡La suerte estaba echada!

Y decidido, aquella noche, la noche de un sábado,
tomó el expreso de Madrid para dirigirse a Barcelo-
na, en el mismo tren que el Niño de la Pepona.
Curro Pencas iba desde Sevilla.

J. SOREL



CAPITULO XV

En el que reaparece "Olympia de Nancy" (?)... y se halla en preparación la película "La novela de un torero"



la altura que estamos de nuestra narración nos encontramos solos a Fernando Pimentel y al "Niño de Pepona". Nada se oye, nada se ve (y no es que vayamos a cantar "Mujer y Reina") que nos haga presumir si no lo supiéramos, que en la vida de Pimentel se han atravesado otras faldas.

A Fernando se le complicaba la vida extraordinariamente.

Su obstinación, su terquedad, y ¿por qué no decirlo?, su volubilidad, aunque no parecía que se compaginen ésta con aquéllas, a más de todas las desazones ya experimentadas le reservaban disgustos y graves males, de los que nosotros, con todo nuestro buen deseo, nos vemos imposibilitados de librarle.

Mal lo habría pasado en Barcelona por su desdichada actuación en la corrida en que alternó con

"Curro Pencas" y "El Niño de la Pepona" si no hubiese tenido la suerte de hospedarse en el Hotel Oriente, Luengo padre y Luengo hijo, fueron su Providencia "a la limón". El venerable don Manuel como compañero de hospedaje y don Manolito Luengo como presidente de la corrida. El primero le había llevado por la mañana a visitar el Palacio de Pedralbes. Se convirtió en su protector y cuando por la tarde se vistió Fernando con el traje de luces le acompañó en un "taxi" de los de 0'60, haciendo en el trayecto más paradas que la procesión del Corpus, para recomendarlo a todo bicho viviente, y, el hijo, fué tan indulgente en la plaza que cuando colgó el pañuelo verde como el toro iba a doblar el "p" se sonó primero las narices con la sentenciada e inapelable tela, dando con ello lugar a que la "diñase" el astado.

De vuelta en el Hotel, Fernando oía resignado y vencido los aplausos y vitores que la muchedumbre dedicaba a "El Niño de la Pepona" y éste, en posesión del estoque a cuyo contacto habían caído los tres toros hechos papilla, sonreía satisfecho de su triunfo.

Cayó Pimentel en un sillón con las manos en la cara, y fija la mirada en un baldosín del suelo de su habitación, permaneció largo rato como quien discute una difícil jugada de ajedrez.

Sintió una diminuta mano que se le posaba en un hombro, levantó la cabeza, miró a soslayo... y vió una linda muchachita que le interrogaba con los ojos muy abiertos, como queriendo con la expresión de su mirada y un gracioso mohín semirisueño que imprimió a su boca, convencerle de que ella debía saber todo lo que en aquel momento bullía por su cerebro.

Hubo una pausa. El chasquido de una cerilla al encenderse rompió el silencio. Fumaba ya la joven pareja unos egipcios y después que ella hubo echado al aire dos o tres columnitas del aromático humo, dijo:

—No te preocupes Fernando. El éxito ha sido definitivo y no habrá momento más interesante que ese en la película.

—¿Qué dices Mary?—respondió sobresaltadísimo Fernando.

Y la cogió violentamente las manos como queriéndole obligar a que repitiese tan sarcásticas palabras.

La escena fué violentísima.

Comprendió Pimentel que su desastrosa tarde había sido filmada con especial cuidado para no perder detalle y se veía ya en la pantalla detrás del toro entre una lluvia de almohadillas y a la vista de un público que no cesaba de increpar y gesticular.

En mal hora se prestó a facilitar la novela de su vida para que sirviese de argumento a una película y en mala hora también el mismo se dispuso a ser el propio protagonista.

Ni la escena de la estación de Francia cuando Pimentel cayó en los brazos de Olimpia de Nancy, que Mary se encargó de impresionar, había tenido tanta realidad.

Desde entonces no se habían vuelto a ver Fernando y Mary.

El había ido a la corrida de Burdeos y ella había quedado en Barcelona con el director de la casa filmadora de "La novela de un torero", el operador y otros intérpretes, preparando la comparsaría y demás elementos para una buena tarde, alquilar la plaza de toros Monumental, simular una desastrosísi-

ma tarde de Fernando Pimentel y completar con ella la escena en que ella, Mary, la novia del torero se había de entretener, entretanto, en flirtear con un joven que ocuparía una barrera del lado de Mary.

Pero nunca mejor que de la realidad misma podían obtenerse los metros de la película que comprendían la derrota de Pimentel.

Y el operador que para filmar el paseo de las cuadrillas, el aspecto de la plaza y otros detalles se había llevado la máquina obedeciendo órdenes del director artístico, recogió la desastrosa faena del sexto—toro que correspondió por desgracia suya a Pimentel.

A éste, maldita la gracia que le hacía que aquellos desgraciados momentos en que llegó a creer en la inmortalidad de uno de Pérez Tabernero se le pudieran presentar siempre como acusadora prueba de una tarde infortunada.

Como fiera enjaulada paseaba Fernando por la habitación y una de las veces que miró a la calle, tropezaron sus ojos con un joven que no apartaba la vista de los balcones del hotel.

Era el joven que había estado en la barrera, al lado de Mary, y ésta por imperiosa indicación del operador se había dejado conquistar por el vecino de localidad, para dar así al momento de la película todas las apariencias de realidad.

El muchacho se lo había creído a pies juntillos y ahora esperaba frente al hotel a que Mary cumpliera lo prometido (?).

Cuando la joven se dió cuenta de lo comprometido de la situación trató por detrás de Fernando de hacer señas al galán conquistador para que se fuese; pero la sonrisa idiota del que en la calle consideraba a

Mary como herida por sus hechuras, escamó a Pimentel que volviéndose rápidamente "pescó" a su amada con las manos en la masa o lo que es lo mismo, con las manos en alto, moviéndolas escandalosamente y aunque ella para disimular, al ser sorprendida, empezó a bailar una danza tutankanesca, era ya tarde: Fernando en cuatro saltos y medio se plantó en la calle, cogió por las solapas de la americana al que suponía su rival, le tiró contra un árbol y cuando le tuvo medio atontolinado junto al arbusto, de un *directo* a las narices le hizo caer a tierra tan largo como era.

Y dejamos a Fernando Pimentel en la Comisaría en tanto que Mary, la "Olimpia de Nancy" de la película en cuya filmación nos encontramos, trataba de demostrar al comisario que lo ocurrido entre Fernando y el pollo de las narices aplastadas era un episodio mas.

LUIS ANGULO

CAPITULO XVI

En el que Pimentel, muleta y estoque en mano, se dirige al otro mundo a inquirir si es verdad el anticlericalismo de Calles



Fernando Pimentel le habían ocurrido ya demasiadas cosas para no estar aburrido de este pajolero mundo. Y se iba al otro.

Pimentel se había desmayado en los armoniosos brazos de Olimpia de Nancy; con tal motivo hubo de colocarle un cuento el bueno Julián Casas, y otro, con viaje de ida y vuelta a Zaragoza pasando por, a su mozo de estoques; a Pimentel por poco si le complican en el crimen de la calle del Conde del Asalto; a Pimentel le habían echado varios toros al corral y un nene, hijo suyo, en pleno ruedo. Pero todas estos enconos, que ya, al comenzar este capítulo, no sabemos si provenían del fatalismo del estoque de marras, de una maldición de la difunta Olimpia, o de la sombra, como para subarrendarla, que tenía el pollo, eran unas pequeñeces del Padre Coloma comparada con la que ahora se le proyec-

taba. Mejor dicho, la proyección vendría luego. Luego que se filmase "La Novela de un torero". Porque si la *olorosa* escena del nene en mantillas alzado en brazos junto a la barrera del tres, al fin pregonaba el poder macho de nuestro torero, lo de ahora no tenía calificativo. ¡Pretender ver a Pimentel en cinta!

Se había lanzado calle Sevilla adelante con el paso firme del que ha adoptado una resolución decisiva. Irse de este mundo. ¡Pero que ya! Definitivamente.

Los coletudos compañeros hubieron de detenerle en su camino más de treinta veces.

—¿Dónde paran?

—En los ayudados por alto, y gracias.

—Digo los empresarios de México, de cuya casa sabemos que vienes con el contrato en el bolsillo. Porque yo llevo cuarenta y ocho horas girando visitas a todos los hoteles, fondas con principio y gabinete exterior, colmados y bares que tiene Madrid, y aun no ha dado con ellos.

—Llégate a la Cruz.

—¡Recorrochano! Pídeme lo que quieras, pero yo no llego a la Cruz.

—Pincharás en hueso.

—Oye tú, que a torero macho no me gana *ninguno*. No voy a la Cruz porque debe tres tercios de "derá". Por lo demás, los tengo donde los tenga el primero.

—¡Ya! ¡Y los quieres pasar por agua!

—Si surge el chungeo, me esfumo.

—¿Pero no dices que te quieres embarcar?

—¡Ah, vamos!

Por fin llegó a la plaza de Antón Martín cuando

una lluvia torrencial le obligó a refugiarse en el vestíbulo del Monumental. Salían de una sección. Unos chiquillos quedáronse mirándole como reconociendo en él al torero de moda.

Fernando intentó reunir sus dispersas ideas. La tierra húmeda, con ese su olor característico a las primeras gotas de agua después de unos meses de sequía, le había despejado la cabeza.

veces—pero no se lo permitió un formidable escán-

Y quiso pensar—ya lo hemos dicho y escrito dos dalo que se produjo entre los transeuntes que se habían agolpado en el vestíbulo resguardándose de la ventisca y el público que abandonaba el local y quería llegar hasta los tranvías o hasta la inmediata estación del Metro. Un repliegue en acordeón, inició el vocerío.

—¡Ahi va, señora! ¡Qué barbaridad! Pues en nada ha estado que no me arrugase al chico.

—¿Y pa qué lo trae usted al cine? ¡Mia tu que lo que entenderá el rorro de superproducciones!

—¡No apriete, caballero!

—¡Señora, que no hay por aquí ninguna grua, que es lo que se *nesecita* para moverla a *ustez*.

—¡Grósero!

El griterío era ensordecedor. El niño rompió a llorar. Su madre dijo por la de la grúa.

—Calla, angel mío, que ésta señora no muerde, aunque lo parezca por la cara.

—Lo va usted a llevar a casa, plisado.

—¡Gracioso! Ahora mismo voy a decirle a Muñoz Seca que se sucicide porque le ha salido un competidor que le arruinara.

—¡Caramba, sí, vaya usted; así quedaremos aquí personas nada más!

—Oye, Damiano, yo no puedo estar entre esta gentuza.

—¡Anda la radio!

Suena querrá usted decir.

—¡Anda, porque me da la gana! Ahora se nos pone melindrosa esta otra joven, la compañera del perro ese.

—La notifico a usted que conozco el boxeo a la perfección.

—Me callaré entonces porque a lo mejor es usted capaz de echar a correr.

—Señores— terció un caballero conciliador—cállense ya y no pasen del dicho al hecho porque en este caso no puede haber mucho trecho ya que estamos como sardinas en banasta.

—Como sardinas, nosotros—exclamaron a una todos los contendientes—usted, como besugo.

La que se armó no es para descripta. La melindrosa sujetaba al novio pera y otros transeuntes, a la que pensaba avisar al autor de "Los extremeños se tocan". Los golpes e interjecciones menudeaban y al fin, un guardia pudo llegar hasta el fondo de las trincheras en uno de los movimientos de acordeón más formidables que lanzaron a Fernando Pimentel, harto ya de escuchar en silencio aquel broncazo, hasta en medio del arroyo donde chapoteaba el agua con toda su furia, alejándole de allí en tanto nuevos vecinos y clientes del bar contiguo salían al ruido de los golpes, y ocurría lo que de ocurrir hubo siempre en estas convalecencias de bronquitis callejeras.

—Tú, Ciprianín, quítate de la acera, que hay bronca en el Monumental! Mejor si subieses a casa. ¡Mira de que no te den un testarazo!

—¡Rudesindo! ¡Señor Celipe! ¡Vengan ustés que desde aquí se ve tóo!

—¡Ese del pantalón charlestón es, tú!

—Creo que no porque al que han pegao más es a aquel caballero de amplias carnosidades posteriores.

—¡Ah, vamos! Se trata acaso de uno de esos hombres fémina que, claro, en la obscuridad...

—No, señor. Es que una criada le ha pegado un mordisco a su novio porque la ha visto con otra.

—Que no es eso, señores. Yo poseo la verdad. Es que un chico, emocionado por la cinta, le ha dicho a un caballero que ya se podía haber muerto una tía suya en lugar de Rodolfo Valentino.

¿Y por qué—me preguntará el lector—recordaba ahora todo esto el protagonista de nuestra inacabable y cada vez más complicada y equívoca novela? Pues veréis ustés. Porque de aquel formidable y expulsador movimiento final brotó también a la calle de entre la concurrencia, al propio tiempo que Pimentel, Angustias Salzillo, la popularísima bailarina cañí de quién Pimentel había leído que embarcaba también para Méjico en el mismo trasatlántico que a él había de conducirle a los dominios del anticlerical Calles.

Angustias no tenía par en los "Fandanguillos de Almería". Su cuerpo se cimbreaba voluptuosamente, se enarcaba y erguía altivo en giros rápidos y difíciles en tanto sus piés repiqueteaban sobre el tablado a los compases fuertes o tímidos de la popular página musical. Era morena, guapísima, de perfectas facciones, con un pelo negrísimo que tenía a gala poseerlo abundantísimo y peinado en dos bandas grandes que le ocultaban las orejas gordezuelas y

pequeñas. Su busto era de diosa, y a la perfección de sus pechos se unía la línea impecable del vientre y de la cintura y las piernas y muslos, altos y torneados.

Mujer codiciadísima unía ésta sed de ella que sentía todo el que la contemplaba sobre el tablado, al arte puro e ingémito de la bailadora de pura cepa cañí. Pimentel que ya pensaba en ella desde que conoció su próxima coincidencia en el viaje americano, aprovechó la ocasión para emparejar con ella, excitado por los comentarios que en voz alta, y mirándole como compañero de la trifulca, iba haciéndole a su madre al caminar una tras otra bajo los balcones para mejor resguardarse del chaparrón. Una sola cosa de aquella mujer le molestaba, al recordarla, a Pimentel. Angustias había filmado muchas películas. ¡Las veces que la Salzillo se había visto en cinta!

No obstante, Angustias y Fernando quedaron amigos desde aquella noche. No fué solo la amistad y el deseo lo que más interesó a nuestro héroe; fué la propia confesión que Angustias le hizo de haber sido muy amiga de Olimpia por coincidir en muchas actuaciones y conocer algunos secretos íntimos de la vida lejana de Olimpia antes de su aparición en España.

—Algo, amigo Pimentel, que quizás esté muy relacionado con la pesadumbre de su vida torera de algún tiempo acá.

Pimentel daba las últimas chupadas a un veguero y extendía la mirada hacia el azul infinito, desde la toldilla del trasatlántico. en tanto recordaba las escenas del Monumental y su decisión de contratarse para Méjico con la precisión de detalles que nosotros

clarividentes y bilbaínos, hemos puesto en conocimiento de nuestros lectores.

Tan solo le atormentaba una duda. Angustias le había prometido contar el misterio de la vida de Olimpia apenas estuviesen en alta mar. Santander se hallaba ya lejos. Por doquiera extendía la vista solo veía mar y cielo. De pronto, una mano fina y gondezuela también, ¡qué caramba!, se posó sobre su hombro derecho.

—¿Ya?—preguntó.

—¡Ya! *Amos* a ver si sacamos de su melancolía al torero de tronío.

Y la hermosa tomó una butaca lo mismo que podía haber tomado un pipermit, se arrellanó mimosa sobre los almohadones y comenzó su charla.

—Olimpia estaba maldita de amor y su maldición había de contagiar a todos los que de ella se enamorasen. ¿Usted la quiso de veras?

—Al *prinsipio*, no; luego creí que era la costumbre pero después de muerta me convencí de que el calabrinamiento era *fetén*. Ahora bien, eso sí, yo siempre la juzgué más *fatflica* que encontrase por la calle a un *borne*.

—Comprendo, comprendo. Olimpia estaba maldita de amor. Ella me lo contó. Usted acaso no sepa que Olimpia era hija de española, de una cantaora malagueña que vivió en Francia con un apache. De esta unión nació Olimpia meses después de que su padre fuese muerto por la policía en una noche de tiroteo. Su madre, vieja ya, no sabía ganarse el pan y años después, tomó una resolución terminante: arrojarse al río turbio que pasa por París. Olimpia todavía *pequeñarra*, con un hermano suyo, *golfillo* y casi apache como su padre, vivió recogida, con unos

amigos de sus padres que, a la edad en sazón, la lanzaron al vicio con un gran duque que pagó el arranque en buenos *jayeres*. El duque, viejo y gotoso, sometió a Olimpia a los más bajos gozos y su amada huyó de su lado un día en unión de su hermano de quien se llegó a decir que sustituía al ricachón en ciertos momentos. Así las cosas, sobrevino el gran amor de nuestra amiga por Paguani, un italiano transformista y ventrílocuo, que hacía pagar espléndidamente sus visitas a las damas que de él se enamoraban al verle trabajar. El transformista inició a Olimpia en el arte... y en los golpes, y más tarde creyó mejor cobrar de las visitas que a la artista hacían sus mil adoradores que de las que él realizara a sus damas. ¡Le digo a usted, Pimentel, que hay hombres que la *urden* admirablemente! La cuestión es vivir ellos.

—Siga usted, siga usted.

—Del arte y de lo otro. Olimpia llegó a reunir—fuera de lo que Paguani se cobraba—cerca de trescientos mil francos, con los que un buen día se escapó su amante dejándola escrita una carta en la que le daba buenos consejos y la rogaba que se hiciera valer. Esta carta la conservó siempre Olimpia, y me la dió a leer alguna vez. Era bárbaro el escrito “Los hombres de dinero son muy brutos—la decía—y aprecian a las mujeres según lo que les cuestan. Hazte valer. Para eso tienes el escenario por donde se puede andar en mallas, cosa que prohíben en los Boulevares.” Todo el arte de Olimpia se derrumbó sin su profesor. En decadencia rápida, Olimpia descendió a *telonera*, y luego, cuando usted la conoció, a tanguista. Vivió con un bohemio, de esos que salen en una ópera que he oído cantar a Fleta. El

bohemio, que era poeta, bebía cognac a todas horas y chifló a mi compañera haciéndola creer que con la bebida se veían cosas extrañas y se vivía la felicidad. Olimpia, con el arte que le supo dar Paguani y las historias bohemias del poeta, llegó a refinarse mucho. Pero una noche, en un cabaret de París, el poeta, borracho *perdió*, gritando que tenía en sus manos la felicidad, se desplomó muerto de una apoplejía. Olimpia pasó a manos de un marqués. Decía ella que fué el período más tranquilo de su vida. Mas un día, el marqués se vió robado y con una cartita de Olimpia en la que le decía que la perdonase, que se había encontrado con Paguani, y que aquel hombre que tanta influencia ejercía sobre su corazón y sobre su cuerpo, a golpes, la había obligado a llevarse alhajas y dinero del marqués. A la muerte estuvo el título, que se hallaba ciegamente enamorado de su amante; la buscó inútilmente por París, y al año, cuando comenzaba a olvidarla, en una pequeña ciudad del Sur de Francia, la descubrió trabajando con Paguani en un teatro de ínfima clase. Siguieron al día del encuentro, muchos en que Olimpia y el marqués se vieron y hablaron. Tras de las recriminaciones primeras, vinieron las súplicas del título para que volviese con ella y las vacilaciones de Olimpia que veía en el retorno la paz ansiada, pero que observaba también, con terror, la aceptación de Paguani con vistas a la complicidad monetaria... Y como a esta nueva tiranía, a este feroz engaño al marqués bondadoso y enamorado, no se avenía, una noche, Paguani se avistó con él y le reveló una terrible verdad mas de la triste vida de Olimpia. El viejo duque que pagó el lanzamiento, fué un primo. El ladrón de la honra de Olimpia fué su propio

hermano. Y Olimpia hubo de ser maldita a dúo por aquellos dos hombres: el bueno y el malo. Creyó Olimpia en la maldición y en el embrujamiento, y recordando los olvidos alcohólicos del poeta de la apoplegia, se dió a la bebida. Ella misma compuso la horrible mixtura llamada "el veneno del tango". Sabía ella que cuando humedecía aquel licor infernal quedaba embrujado, y según su leyenda, el embrujamiento no cesaría hasta su muerte. Bebía, y siendo de noche decía la pobre que tenía a su lado el sol, que el alma del veneno del tango era el amor, y otra porción de chaladuras parecidas. Un día cogió un estoque de usted y lo humedeció con el veneno del tango. Del veneno del tango murió, ya lo sabe usted. Para Olimpia no había más que tango. El charlestón como si no existiese. Ahora, ya lo sabe usted tóo, Pimentel.

—¿Y mi estoque?

—Embrujado por Olimpia. Pero muerta ella, ese estoque puede ser de oro de ley... Usted le ha tomado manía de tantas cosas como le han sucedido misteriosamente en tanto ella vivió. Pero ahora, no hay nada de eso. *Arrempuje* usted al *endiñarle* al toro y ya verá usted qué de ovaciones. *Arrempuje*, Fernando, *arrempuje*.

Pimentel sabía que Angustias no era ninguna visión pero después de este relato se quedó como quien veía un coro de ellas. ¿Y por aquél aborto de los infiernos había él estado *majareta* *perdío*? Y se quedó pensando en una mocita sevillana, honrada y pura, en una reja cuajaíta de claveles, y en un coloquio junto a la reja apenas interrumpido por el pregón del florero:

Niñas bonitas, niñas serranas,
yo traigo flores tempranas,
pajizas y carmesíes,
yo traigo las rosas finas,
claveles y clavellinas
y ramitos de alelíes.

Miró a un lado y a otro. Agua y cielo. Y la duda le hizo llorar.

... ..
... ..

A m' no se me ocurre que puedan suceder mas cosas en el capítulo de una novela, ni más variadas, trágicas y cómicas, sentimentales y jocosas, descriptas o dialogadas. Juzgo que un premio a la novela mejor del año será para "El estoque de Pimentel". El narrador siguiente puede hacer del torero lo que guste. Incluso obligarle a descender en La Coruña. Porque le advierto que el buque toca en aquel puerto. Me lo ha dicho el consignatario que es amigo mío.

DON CLARINES

CAPITULO XVII Y ULTIMO

Marcha de Pimentel a Méjico – Un idilio en alta mar – Cambiazo del estoque – Reti- rada y boda de Fernando y extravío final de la funesta espada



Esta verídica historia, de tantos conocida, en estado ya preagónico, comienza a dar las boqueadas.

El casual encuentro de Pimentel con la Solzillo, tenía que ser trascendental para nuestro héroe, marcando insospechados derroteros a su vida.

Cautivado por la simpatía de la hermosísima gitana y dispuesto a hacer por conseguirlo toda clase de tonterías, emprendió con ella el viaje a Méjico, anticipando unas semanas su salida de España.

Tal precipitación, dejando incumplidos algunos ajustes de corridas que aún había de torear en la península, tuvo muchas apariencias de "rajadura", que aprovecharon muy bien los voceros de los rivales de Pimentel, para ponerle en evidencia ante públicos y empresas; pero todo le importó una higa yen-

do, como iba, al calor de otra que le interesaba muchísimo más.

Todo lo arrostró Pimentel por la morenucha que le deparó la suerte y a Méjico con ella fué, rebotando satisfacción y contento, adelantándose a su cuadrilla, sin más adlátere que su inseparable "Fabriles", ni más equipaje que unas mudas de ropa y el fundón de los estoques, con la misteriosa espada causante de tantas peripecias, envenenada por Olimpia de Nancy y nuevamente considerada después de la muerte de ésta, limpia de todo mal, como verdadera vara mágica, deparadora de toda clase de bienes y triunfos.

Tras de ellos fué la cuadrilla y en buques siguientes los toreros que en Méjico habían de torear también, a las órdenes, entre otros matadores, de "Curro Pencas" y del "Niño de la Peñoña".

Delicioso fué el viaje para Fernando y Angustias. En un continuo arrullo los dos, como palomos en celo, no tuvieron durante la larga travesía más deseo ni otra preocupación que el disfrutar lo más intensamente posible de la para ambos gratísima compañía. Y ora sobre cubierta, ora sentada en la toldilla, lo mismo en el comedor que en los salones en horas de fiesta o de forzada recogida, jamás se vió pareja más abstraída en sí misma, más acaramelada y unida que la de nuestros simpáticos viajeros, ni que despertase más admiración entre la tripulación y el pasaje.

Ajenos en absoluto a lo que ocurría a su alrededor, de nada se dieron cuenta Fernando y Angustias. No existían más que para ellos mismos, fundiendo ambas existencias en una sola vida. Pero, aunque dichosa, no les engordó la travesía, revelándose en

sus caras la lucha intensa sostenida entre sus respectivas ansias de mayor felicidad con la que pudieron buenamente gozar.

Y no fué igual esta relativa dicha para ambos. A Pimentel correspondió la mayor satisfacción. Sin preocupaciones pensó continuamente en su hermosa morena, entregándose por completo al sabroso deleite que le proporcionaba su contacto. Pero para Angustias no eran las noches tan dulces y placenteras.

Secretamente enamorada hacía tiempo de Fernando Pimentel, sin atreverse a confesárselo a sí misma por respeto a su entrañable amiga y confidente Olimpia de Nancy; generosa y buena, como gitana castiza, y supersticiosa como todas las de su raza, pensaba y sufría la Solzillo por la suerte y el porvenir de quien tanto quería.

El misterioso estoque era su pesadilla. Sólo para despreocupar a su amado le dijo lo que le digiera sobre la recuperada immaculabilidad del arma maldita una vez muerta la desdichada Olimpia; pero con convicción creía que no era así y temía y sufría por la "jettatura" del funesto estoque, presintiendo de su influjo una tragedia que cortase en flor una vida querida que tan unida comenzaba a estar a su propia vida. Y a todo trance la quería guardar por ella misma y por la dicha que le venía a ofrecer.

No pocas noches en vela pasó la angustiada Angustias, hallando al fin la manera de poder salvar a su querido Fernando del influjo que sobre él pudiera traer el arma maldita.

Dos o tres semanas había de tardar aun el comienzo de la temporada taurina en Méjico, dando tiempo

sobrado para que otro estoque pudiera ocupar en el fundón el sitio del que tan desasosegada la tenía.

Confió sus penas y fatigas, sus temores y su idea al fiel "Fabriles" a quien el empeño de Pimentel de volver a usar el terrible estoque, le tenía también sin sueño. Encontró de perlas la ocurrencia de la que ya consideraba como su futura dueña y se dispuso con todas las veras de su alma a llevarla a la realidad.

Tan pronto desembarcaron en la patria de Motezuma y llegaron a Méjico, dedicóse "Fabriles" a buscar el armero que les ofreciera seguridad de hacer una obra perfecta, como la que se necesitaba, y de mantener sobre ella la reserva más absoluta.

Dieron al fin con un artífice espadero dotado de todas prendas. Caro se hizo pagar el nuevo estoque, pero a los pocos días Angustias y "Fabriles" vieron realizado su deseo, contando con una espada tan idéntica a la que querían suplantar, que era imposible que Pimentel la distinguiera advirtiendo el cambio.

Satisfechos y tranquilos la amorosa gitana y el fiel "Fabriles", sin tener que temer ya nada de la nefasta hoja, dejaron que Fernando llevase adelante su idea de estoquear toros con la espada mágica que creía tener y alimentaron su entusiasmo manifestándose persuadidos de que nada le había de pasar, estando inmunizada de las caricias de las reses, aunque al matar se entregase a ellas yéndose tras del estoque, marineando sobre los morrillos. Sabían que de otro modo era sumamente difícil dar grandes estocadas y teniendo confianza plena en la destreza de Pimentel, no creyeron peligroso sugestionarle de aquel modo, haciéndole creer en su invulnerabilidad.

Convencidísima de ella Fernando, lleno de satisfacción y de ilusiones tomó parte en la primera corrida, en la que alcanzó un verdadero triunfo.

De éxito en éxito, cada vez mayor y más resonante, fué toda la temporada, saliéndole cuanto intentara a las mil maravillas.

Estimuló a sus compañeros; pero por más que estos quisieron y se esforzaron, no lograron palidecer los triunfos de su afortunadísimo rival, ni pudieron evitar que uno y otro día les diera sendos baños, llevándoles materialmente de cabeza, como en el argot taurino se suele decir, a pesar de haberse conjurados todos en contra de nuestro héroe y de haber apelado a todos los recursos para deslucirle. Lejos de conseguirlo, vieron con rabia y envidia como se disputaban las empresas el ajuste de Pimentel, que hubo de torear la mayor parte de los días, sin que la diosa Fortuna le abandonase una sola tarde.

A todo esto, Fernando y Angustias, cada día más felices y más acaramelados, echaban sus cuentas para el porvenir, que no eran precisamente las que a carta cabal Angustias, aunque infinitas veces se la viera en cinta... de película, no quería exponerse el primero creyera al principio. Buena y honrada a estarlo en otra forma sin pasar antes por la Vicaría, malogrando con su resistencia los fogosos anhelos de Pimentel. Y como tampoco quería que su futura dicha dependiera únicamente de la suerte de su esposo torero, resistióse también a ir al altar

sin antes quitarse Pimentel de los toros. Al fin acabó éste por ceder, diciéndole su retirada de torero.

En pleno triunfo Pimentel, hubo de causar sensación la noticia; pero adoptada con firmeza la determinación, que ya cuidó Angustias no socavase nadie, se organizaron varias corridas de despedida que valieron a Fernando otra cuantiosa fortuna.

Regresó a España la feliz pareja y en una capillita de Andalucía, en la mayor intimidad, sin anuncios ni pompas, santificaron su unión Fernando y Angustias, estableciendo su nido de amor en las márgenes del Genil, muy cerquita de Granada la bella.

Y cuéntase que empezó ya a dar sus frutos el matrimonio de la amante parejita para que fuera mayor su dicha, de la que participó también "Fabrioles", gozando con las mil y mil perrerías que los retoños de sus amos hacían con él.

¿Qué se hizo del misterioso estoque?

Pimentel cree guardado como preciada joya que le proporcionó todo su bienestar; dejándole su esposa y su fiel criado en la creencia dichosa que contribuye a hacerle feliz. Pero la fatídica hoja quedó olvidada en Méjico.

Escondida por la Solzillo entre la lana de un colchón, allí permaneció oculta e ignorada durante algún tiempo; pero encontrada como el feliz amuleto que tanto favoreció a Pimentel, la adquirió un matador mejicano. Mas, como mientras tuvo el funesto estoque fué de desastre en desastre, pronto se desprendió de él, que pasó a otras y otras manos, siempre con igual desdichado resultado.

Al fin, no se sabe por quien, fué traído a España acabando por ir a parar al magnífico "Museum Casanove" sito en la calle Tamarit de esta capital.

figurando la reluciente hoja entre la infinidad de armas de todas clases que el entusiasta y pacientísimo Sr. Cazeneuve tras improbos trabajos ha conseguido reunir.

Pero de dicho "Museum" desapareció recientemente, quizás oculto en el abrigo de alguno de los muchísimos visitantes que el museo tiene, ignorándose actualmente su paradero. No importa. Comenzada ya la temporada taurina, podrá pronto sospecharse, sino verse, en qué manos sigue haciendo de las suyas el fatídico acero, al poner en verdaderos aprietos a quien lo emplee.

Y podrá aun ocurrir que en invierno próximo tenga "LA FIESTA BRAVA" que proseguir la desdichada historia del estoque misterioso, ya hecho célebre, aunque sin poder ya "echarle guindas al nene" si no surge otro Pimentel o no vuelve éste al toreo, que todo podría ser, porque se canse de ser él el echador de guindas o que éstas no le satisfagan ya, lo que me parece demasiado suponer, a la gentil y hermosa Angustias, feliz moradora de la casita a orillas del Genil, junto a Granada la bella, con su amante esposo y unos adorados churumbeles.

CARRASCLAS

F I N

COLECCION DE LIBROS RAROS Y CURIOSOS
SOBRE TAUROMAQUIA'

publicados a expensas de la Editorial LUX, bajo la dirección de D. Tomás Orts - Ramos (Uno al sesgo)

Bajo el título de libros raros y curiosos sobre Tauromaquia, nos proponemos reimprimir una serie de libros y documentos taurómacos que hoy constituyen verdaderas rarezas bibliográficas y que por su misma rareza y los precios elevados que alcanzan las ediciones antiguas, son pocos los bibliófilos taurinos que los poseen.

TITULOS DE LAS OBRAS APARECIDAS

LAS FIESTAS DE TOROS, por D. Josef de la Tixerera Escrito en 1802.

Curioso e interesante libro que puede enseñar mucho a los aficionados

DISCURSO DE LA CAVALLERIA DEL TOREAR, por D. Pedro Mesía de la Cerda.

Reimpresión del libro publicado en Córdoba en 1651, en 8.º, edición en papel especial, 5 pesetas (tiraje de 100 ejemplares); en papel de hilo, 10 pesetas (tiraje de 25 ejemplares); en papel imperial del Japón, 20 pesetas (tiraje de 10 ejemplares)

COMBATS DE TAUREAUX, por M. Breton.

Texto francés y traducción española. Ilustrado con cuatro láminas de la época Publicado en París en 1815.

MEMOIRES CURIEUX ENVOYES DE MADRID. SUR LES FEFTES OU COMBATS DE TAUREAUX. Autor anónimo.

Publicadas en París en 1670. Texto francés y traducción española, con otros documentos curiosos referentes a la celebración de las corridas en la Plaza Mayor de Madrid. En 8.º, edición en gran papel (tiraje de 100 ejemplares), 10 pesetas; en papel de hilo, 15 pesetas (tiraje de 25 ejemplares); en papel imperial del Japón, 25 ptas. (tiraje 10 ejemplares)

(Advertencia)

Del presente libro, publicado en folletín por LA FIESTA BRAVA, se ha hecho un tiraje aparte de 200 ejemplares solamente

Pedidos a EDITORIAL LUX Consejo Ciento, 347 - Barcelona

Precio: 4 Ptas:

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 586 | Precio de la obra

Estante . 2 | Precio de adquisición

Tabla . . . 6 | Valoración actual

Número de tomos.

EL
MI



EL ESTOQUE
MISTERIOSO

186.